
Olivia T. Turner
SOLO PARA ÉL

SOLO PARA ÉL

OLIVIA T. TURNER



Copyright© 2026 por Olivia T. Turner.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo correo electrónico, fotocopias, impresión, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora.

Para solicitudes de permiso, envíe un correo electrónico a Olivia@oliviatturner.com.

¡Gracias por apoyar mi trabajo!

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con eventos reales, negocios, empresas, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
www.OliviaTTurner.com

ÍNDICE

Solo Para Él

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Epílogo

Otras Obras
Otras Obras

SOLO PARA ÉL

Tenía que seguir unas reglas muy estrictas mientras cuidaba del gato de mi hermana en su lujoso apartamento de Nueva York.
Darle a Munchies TODA su medicación, por muy agresivo que se ponga.
Usar posavasos en TODAS las superficies.
Y, sobre todo, no hablar con el jefe gruñón de mi hermana.
Nunca se me ha dado bien seguir las reglas.
Y en cuanto tengo la oportunidad de cantarle las cuarenta al señor Strickland por explotar a mi hermana…
No dudes que la aprovecho.
El señor Dragón con Traje no tiene ni idea de la que se le viene encima.
Entro como un misil Tomahawk y lo dejo temblando.
En más de un sentido.
Pero la cosa es que...
Él también me deja temblando.
Esa mirada ardiente… Ese toque posesivo… Ese traje tan delicioso…
No puedo mantenerme alejada.
Somos polos opuestos: él es orden, yo soy caos. Él pone las reglas, yo las rompo.
Él es veinte años mayor, un fruto prohibido y totalmente inapropiado para mí en todos los sentidos posibles.
Entonces, ¿por qué su contacto me parece tan correcto?

¿Y por qué sigo volviendo a por más?

Ella es todo luz y caos. Él le dobla la edad, es el doble de gruñón y alérgico a la diversión. Debería volverlo loco. En cambio, se convierte en su obsesión.

Una irresistible historia de amor con diferencia de edad entre un gruñón y un rayo de sol que demuestra que los opuestos no solo se atraen, sino que saltan chispas.
Sin infidelidades y con un final feliz.

A mi sexy exjefe:
Tus reuniones no servían para nada,
pero disfruté cada segundo de ellas.



CAPÍTULO UNO

Amber

—¡Amber! *¡Amber!*

Me doy la vuelta y busco entre la multitud de viajeros —unos con cara de ilusión, la mayoría con aspecto de pocos amigos— hasta que veo el brazo de mi hermana agitándose frenéticamente de un lado a otro.

Esbozo una sonrisa al ver a mi hermana mayor, Willow, abriéndose paso entre el gentío mientras arrastra su maleta gigante.

—¡Madre mía! —grito al soltar mi bolso y lanzarme a sus brazos. La estrujo hasta que suelta un gemido. He echado muchísimo de menos a mi hermana. No puedo creer que no la haya visto desde Navidad, hace ya unos ocho meses.

Greg, su marido abogado, aparece detrás de ella con una sonrisa forzada. Es un poco estirado para mi gusto, pero parece que le hace bien a mi hermana.

—Hola, Greg —le digo al soltar a mi hermana y abrazar su cuerpo rígido—. Me alegro de verte.

—No deberías dejar la maleta desatendida en un aeropuerto internacional —dice él, frunciendo el ceño al mirar mi equipaje tirado en el suelo, detrás de mí.

—Oh, no pasa nada —dice Willow mientras la recoge rápidamente y la acerca—. Tenía la esperanza de que pudiéramos vernos antes de marcharnos.

—Sí, qué sorpresa más agradable —dice Greg tras tragar saliva —. Aunque probablemente deberíamos pasar ya por seguridad. Ya sabéis lo largas que pueden ser las colas.

Willow y yo lo ignoramos y nos miramos con sendas sonrisas de oreja a oreja. Mi hermana tiene veintiséis años, pero se podría jurar que tiene al menos una década más por todo lo que ha logrado. Mi chica se mudó a Nueva York sin un solo contacto y en cinco años se ha convertido en la directora de operaciones de una enorme empresa tecnológica —que todavía no sé muy bien a qué se dedica, a pesar de que me lo ha explicado mil veces—, se ha casado con un abogado rico de alcurnia, de una de esas familias tan acaudaladas que poseen una colección de yates y veleros, y se ha comprado un ático en un lujoso edificio del Upper West Side.

Pero todo ha tenido un precio. Estamos a mediados de agosto y está tan pálida como si estuviéramos en plena cuesta de enero. He oído historias de terror sobre su jefe. Al parecer, no hace más que trabajar y espera que todos sus pobres y sufridos empleados adopten el mismo estilo de vida. Menudo imbécil.

—Siento muchísimo lo de tu trabajo —dice mientras me coge de los brazos y ladea la cabeza con simpatía—. Sé cuánto te gustaba.

—Ya... —digo con un suspiro. Ser agente de viajes era un trabajo genial, pero somos como dinosaurios, e Internet, con todas sus sofisticadas webs de reservas con descuento, es el asteroide. Me despidieron el mes pasado. Todavía duele.

—Es una oportunidad para probar algo distinto —digo, forzando una sonrisa—. Mi próxima gran oportunidad está a la vuelta de la esquina. Puedo sentirlo.

—Esa es la actitud —dice Willow—. Quizá puedas tomarte las próximas dos semanas como un revulsivo para tu sistema. Vivir nuevas experiencias. Aprender sobre ti misma.

—Cariño, de verdad tenemos que irnos —dice Greg, echando un vistazo hacia la zona de seguridad.

Willow contiene el aliento y se muerde la lengua mientras se gira y le lanza una mirada de advertencia. Con suerte, estas vacaciones les vendrán bien. Fui yo quien se las reservó. Dos semanas en Kauai, Hawái. Una villa preciosa en una playa apartada. Si eso no logra desestresar a una pareja, nada lo hará.

—No estaba segura de si íbamos a cruzarnos —dice Willow, volviéndose hacia mí—. Así que no llevo mi llave de repuesto encima. La he dejado en mi oficina, justo encima de mi mesa. Puedes ir a recogerla, el edificio está a solo dos manzanas de mi piso. Tienes la dirección, ¿verdad?

—Sí —digo mientras abro el bolso y empiezo a rebuscar en él, buscando el papelito. Dios, ¿por qué guardo tantas cosas aquí dentro? Voy sacando recibos viejos, tarjetas regalo con menos de tres dólares, un número de teléfono (no recuerdo de quién es) y lo voy dejando todo sobre el saliente de una columna mientras busco con frenesí la dirección.

—¿Estás segura de que puedes encargarte de esto? —dice Greg, mirándome con recelo. Cree que soy una cabeza hueca incapaz de hacer nada bien. Solo porque *una* vez puse sal en lugar de azúcar en las galletas de Navidad por accidente... Sí que me pareció raro que la receta pidiera una taza entera, pero las dos copas de vino que me había tomado me hicieron dejarme llevar.

—Creo que puede apañarse para cuidar a un gato —espeta Willow.

—Munchies necesita mucha medicación —dice él a la defensiva —, y Amber puede ser algo...

Ambas nos ponemos en jarras y enarcamos las cejas, dedicándole una mirada fulminante de las nuestras, marca de la casa de las Fletcher, prácticamente idéntica.

—...olvidadiza —dice él, tragando saliva con dificultad—. En el buen sentido.

Willow le fulmina con la mirada. —¿Por qué no vas a comprobar el estado de nuestro vuelo?

—Sale puntual y el tiempo vuela —dice él, consultando su reloj en su lugar.

—¡La encontré! —digo mientras saco triunfante las direcciones garabateadas en el reverso de una factura de teléfono vencida—. Residencia *y* oficina.

Cierro la cremallera del bolso y me lo cuelgo al hombro. —¿Ves? Hay cosas que sé hacer bien.

Greg frunce el ceño mientras señala el estante de la columna. —Te has olvidado el pasaporte.

Mierda.

Me pongo roja de pura vergüenza mientras lo cojo y me lo meto en el bolsillo.

—Vete —le advierte Willow—. *Ya*.

Greg agacha la cabeza con un suspiro y se aleja arrastrando los pies.

—¡Que tengáis un buen viaje! —le grito. Él ni se vuelve.

Con suerte, un poco de sol y unos Mai Tais le alegrarán un poco, o a mi hermana le esperan dos semanas muy duras.

—He dejado todas las instrucciones detalladas para Munchies sobre la encimera de la cocina —dice ella, jugueteando con mi pelo —. Si tienes cualquier duda, puedes llamarme a cualquier hora.

—Estaré bien. Y Munchies también.

—Gracias por hacer esto —dice, dándome un último abrazo—. No olvides recoger la llave en mi oficina primero.

—¿Por qué no se la dejaste a un vecino?

Suelta una carcajada. —Esto es Nueva York, Amber. Aquí no hablamos con los vecinos.

Intento evitar que se me note la mueca de desagrado. Eso suena fatal.

—He avisado en recepción de que te pasarás, así que te dejarán subir sin problemas. Intenta simplemente no cruzarte en el camino del señor Strickland.

—¿Tu jefe, el capullo?

—No es un capullo —dice con un suspiro—. Solo es...

—¿Gruñón, estricto, borde, autoritario, intimidante?

—Sí, más o menos. Tú simplemente... no le digas nada. Coge la llave y vete.

—Estaré bien —digo con una sonrisa—. El Señor Cascarrabias no me va a asustar.

—No estaría yo tan segura —dice ella con una mueca—. Asusta a todo el mundo.

—Son casi las ocho —digo mirando mi reloj—. Ya se habrá ido hace tiempo para cuando yo llegue.

—Lo dudo —murmura entre dientes, con una mirada inquieta. Cielo santo, parece que tenga estrés postraumático por trabajar con ese tipo. ¿Qué le ha hecho?

Diviso a Greg junto a la entrada de seguridad con las manos en las caderas, murmurando enfadado para sus adentros, y me estremezco, odiando haber hecho que sus vacaciones empiecen así.

—Deberías irte —digo con una sonrisa—. Antes de que a Greg le dé un ataque de ansiedad.

Ella se ríe y vuelve a abrazarme.

—Toma esto —susurra mientras rebusca en su bolso y saca un fajo de billetes.

—No —digo mientras ella me lo mete en el bolsillo de los vaqueros—. Ni hablar.

Intento sacarlo, pero mi hermana me sujeta la muñeca con una fuerza de acero. Aún conserva la fuerza de jugadora de voleibol de todos sus años en el equipo de la universidad.

—Nos estás haciendo un favor —dice, sosteniéndome la mirada —, e *insistimos* en pagarte.

—Willow, yo no...

—*Basta* —dice; su tono indica que esto no es negociable.

Se me caen los hombros mientras retiro la mano, dejando el dinero dentro del bolsillo. No es que esté en posición de rechazar dinero caído del cielo. Mi cuenta bancaria lleva en cuidados intensivos desde que tengo uso de razón. —Gracias.

Sonríe y me abraza una vez más. —Me tengo que ir. Pásatelo genial. Disfruta de la ciudad, pero ten cuidado. No seas tan confiada. Esto no es Vermont. Una buena dosis de escepticismo ayuda mucho por aquí.

—Estaré bien —digo dándole un último apretón—. Y, por favor, no te pases la semana peleando con Greg. Haced topless en esa

playa apartada que os encontré. Ayudará.

Ella se ríe mientras se sonroja un poco, mostrando por fin algo de color. Está tan pálida que podrían confundirla con una habitante de Transilvania al pasar por el control de seguridad.

La veo correr entre la multitud para alcanzar a Greg. Ambos se giran y me saludan antes de entrar.

Respiro hondo mientras los veo desaparecer.

Ya estoy sola. Nueva York, allá voy.

Primera parada...

¡Mierda!

Miro a mi alrededor y veo la dirección en el suelo, a unos metros de distancia. Corro rápidamente y la recojo de debajo de los zapatos de alguien antes de que Greg la vea y vuelva para llamarme irresponsable y descentrada, además de olvidadiza.

Primera parada... Strickland Innovations Group. 480 Eastmont Center, planta 47.

Es hora de ir a por la llave del que será mi hogar las próximas dos semanas y conocer a ese jefe borde y gruñón del que mi hermana siempre se queja.

Y quizá, solo quizá, ponerlo en su maldito sitio.

CAPÍTULO DOS

Logan

Cuando el reloj marca las nueve, me aflojo la corbata. Al fin y al cabo, es mi cumpleaños. Debería permitirme algún lujo.

Cuarenta y tres. Sigo teniendo la energía y la vitalidad de un veinteañero y, si no fuera por las canas que me saludan en el espejo cada mañana, no me creería que ya tengo esta edad.

El sol casi ha terminado su hermoso descenso a mis espaldas y, como de costumbre, me lo he perdido todo. Cuando has visto un atardecer en Nueva York, los has visto todos. La ciudad más grande del mundo se extiende al otro lado de mis impecables ventanales de techo a suelo, iluminada en todo su esplendor, pero no despego los ojos de mis tres pantallas de ordenador para admirarla.

Esta noche no.

Estoy analizando los registros financieros de una división en apuros llamada VANTAGE. Son las siglas de Visionary Advancement of Next-gen Technology And Growth Engine. Todos mis asesores me han dicho que me deshaga de ella, pero hay algo en mis entrañas que me dice que la mantenga. Treinta y tres empleados se irían a la calle. Puestos de trabajo perdidos. Familias arruinadas.

Pero aun así, el proyecto está desangrándose económicamente. Eva es un avatar virtual que supuestamente ayuda a los empleados

a integrar nuevas tecnologías en sus flujos de trabajo. El problema es que nadie la usa. Y nos está costando una fortuna.

Suspiro mientras examino los informes, con la esperanza de ver algo que me evite tener que tomar esa difícil decisión.

Mi secretaria, Cassandra, aparece en el umbral y da unos golpecitos en el marco de la puerta.

—Ya me voy, señor Strickland.

—De acuerdo, hasta mañana.

La miro de reojo entre página y página del PDF. Lleva la funda del portátil colgada al hombro y una cajita blanca en la mano. Se acerca, la deja sobre mi escritorio y luego retrocede como si fuera una bomba a punto de estallar.

—Sé que no le gusta que se monte un escándalo —dice—, pero es su cumpleaños. Así que, feliz cumpleaños.

Una sensación de pesadez me invade al abrir la caja y ver un solitario cupcake en su interior. Ahora me arrepiento de haberle contestado mal por el informe de los Jones esta tarde. Puedo llegar a ser un auténtico imbécil sin ni siquiera intentarlo. Me sale de forma natural, maldita sea.

—Es de ganache de chocolate negro al bourbon de The Wellness Bakery —dice tímidamente—. Por si le apetece celebrarlo cuando termine con esos registros financieros.

—Gracias —le digo con un suspiro mientras me lo quedo mirando —. Es un detalle muy amable.

—¿Tiene planes para esta noche?

—¿Planes de cumpleaños?

—Sí —dice ella encogiéndose de hombros—. ¿Quizá una cena con su familia o quedar con unos amigos para tomar algo?

Se me tensa la mandíbula. —Este año no.

—Ah —dice al darse cuenta de lo patético que soy.

—Creo que hay una caja de velas de cumpleaños en la sala de descanso —añade, mirando por encima del hombro—. Puedo ir un momento a por ellas si quiere soplar alguna vela.

—No es necesario —sentencio mientras cierro la caja—. Vuelve a casa con cuidado.

Vuelvo a centrarme en la pantalla del ordenador y ella capta la indirecta.

—Usted también —susurra por lo bajo mientras sale discretamente.

Oigo el taconeo de sus zapatos por el pasillo y me quedo mirando la pantalla hasta que llega el ascensor y se la lleva.

Cuando por fin estoy solo, me reclino en la silla, cojo la caja y la abro.

Es un buen detalle, pero no como azúcar.

Bueno, quizá un bocado, ya que es mi cumpleaños. Le doy un pequeño mordisco y luego, con un suspiro, tiro la caja a la papelera, me vuelvo hacia los informes y regreso al trabajo.

Feliz cumpleaños a mí.

CAPÍTULO TRES

Amber

—¡Suerte con el bebé! —le digo al salir del Uber frente al edificio de oficinas de Willow—. Seguro que todo sale de maravilla. ¡No olvides enviarme las fotos!

—¡Lo haré! —dice Amir, sonriendo de oreja a oreja mientras saca mi maleta del maletero—. Y pásalo bien en Nueva York. ¡Recuerda que cualquier cosa puede pasar en la ciudad que nunca duerme!

—¿Tú crees? —digo, sintiendo escalofríos ante todas las posibilidades emocionantes.

—Lo *sé* —afirma mientras me entrega el equipaje—. Te esperan cosas buenas, Amber, puedo sentirlo.

Sé que probablemente no sea habitual abrazar al conductor de Uber al final de un trayecto, pero Amir y yo hemos pasado por mucho en esta última hora de coche. Me ha contado todo sobre su mujer embarazada y lo emocionado que está por la llegada del bebé. ¿Cómo no lo iba a abrazar?

—Adiós, Amir —digo abriendo los brazos—. Ha sido un placer conocerte.

—El placer ha sido mío —dice mientras me da un cálido abrazo—. Y no olvides dejar una reseña.

—Cinco estrellas —prometo mientras él vuelve a subirse al coche.

Nos despedimos con la mano una última vez mientras se aleja. Lo observo incorporarse al tráfico y luego miro a mi alrededor respirando hondo, preguntándome qué me tendrá reservado esta ciudad.

Ahora mismo, pienso mientras me giro y levanto la vista hacia el imponente rascacielos que tengo delante, *lo que me tiene reservado es un viaje en ascensor de tres pares de narices*.

Probablemente sea el edificio más alto que he visto de cerca en mi vida. Echo la cabeza totalmente hacia atrás y sigo sin ver la cima.

Miro el papel que tengo en la mano y sonrío. *Strickland Innovations Group. Eastmont Center 480, planta 47.*

Es hora de ver dónde trabaja mi hermana.

Empujo las puertas de cristal y entro en el vestíbulo vacío que, estoy segura, hace solo unas horas bullía de hombres ocupados con traje y mujeres vistiendo la mejor moda ejecutiva. Pero son casi las diez de la noche y la única persona que hay aquí es un viejo guarda de seguridad escéptico que me mira por encima de sus gafas.

Con los hombros hacia atrás y la barbilla alta, hago rodar mi maleta hasta el mostrador de recepción y le dedico mi sonrisa más encantadora. —Hola.

—Los baños son solo para empleados —gruñe él.

—¿Y qué hay de las hermanas de los empleados?

Su ceño se frunce aún más. —¿Cómo dice?

—Soy la hermana de Willow Fletcher.

Espero que ese ceño se convierta en una sonrisa tras soltar el nombre de mi hermana, pero permanece congelado en su rostro imperturbable.

—Willow Fletcher —repito—. Trabaja aquí en SIG. Directora de Operaciones de Strickland Innovations Group. Es alguien bastante importante.

—Todo el mundo en esta maldita ciudad se cree que es alguien importante —dice él.

—Yo no —digo con una sonrisa—. Yo soy alguien insignificante. Una minucia. Vamos, de saldo.

—¿Eh? —dice él mientras mi metáfora se sale de los raíles.

—Estoy aquí para recoger una llave —digo, volviendo a la cordura—. Mi hermana se la ha dejado en su mesa de arriba. Voy a cuidar de su gato mientras ella está en Hawái y es un asunto un poco urgente. Munchies tiene un horario médico muy estricto.

—¿Munchies? —pregunta parpadeando por primera vez.

—A que sí —digo inclinándome hacia él—. Yo sugerí Meowzart, pero nadie me hace caso nunca.

La comisura de su boca se contrae hacia arriba. Solo por un segundo.

—Entonces, ¿puedo coger la llave? Me dijo que le había dado mi nombre a uno de sus colegas.

Suspira mientras abre un archivador y empieza a pasar papeles.

—¿Nombre?

—Amber Fletcher.

Él arquea una ceja. —¿Tiene identificación?

Saco mi carné de conducir y se lo entrego, esperando que haga algún comentario sobre mi pelo rosa. Fue una fase. Una poco aconsejable. Deseaba de verdad que mi cabeza pareciera un algodón de azúcar, pero ahora he vuelto a mi castaño natural.

—Muy bien —dice mientras me lo devuelve junto con un pase de visitante—. Tiene una hora. No toque nada que no deba.

—Entendido —digo mientras cojo mi maleta y me dirijo a la barrera—. Las manos quietas. Solo mirar. Muy profesional. Puedo hacerlo. Al menos, me esforzaré mucho. No prometo nada.

Niega con la cabeza como si se estuviera arrepintiendo de su decisión, pero se oye un clic vibrante y la barrera de seguridad se abre. Camino hacia los grandes y lujosos ascensores, paso mi tarjeta de visitante y subo a la planta cuarenta y siete.

—Guau —susurro cuando salgo a las oficinas de Strickland Innovations Group. Si la estrategia es parecer ricos y exitosos, lo han logrado con creces.

Un enorme letrero bañado en oro con su aburrido logotipo te recibe sobre el mostrador de recepción vacío. Miro a mi alrededor, asomándome por el pasillo a todas las puertas de cristal de las numerosas oficinas y salas de conferencias donde seguramente se cierran grandes negocios de forma habitual. Tienen que hacerlo para

costearse un sitio como este. Es espectacular, pero desearía que tuviera algunas plantas tropicales grandes, o algo de arte moderno en las paredes sosas, o *algo* con un poco de personalidad. Es estilo «chic corporativo» y es aburrido de narices.

Este sitio probablemente hierva de gente ambiciosa y motivada como mi hermana durante el día, pero ahora mismo está completamente vacío. Paso la punta del dedo por el mostrador de recepción mientras avanzo con paso pausado, buscando el despacho de Willow. Conociendo a mi hermana, tendrá el despacho de la esquina, así que me dirijo allí primero.

Sonrío al ver su nombre grabado en la puerta de cristal. *Willow Fletcher. Directora de Operaciones.* ¡Esa es mi chica! Me *encanta*.

La puerta está cerrada hasta que paso mi tarjeta de visitante por el teclado y se abre con un clic. Qué tecnológico. Mola mucho.

El despacho de Willow es increíble. Está en la esquina, tal como esperaba, y las vistas de la ciudad son fabulosas. Puedo ver la Estatua de la Libertad desde aquí y la saludo con la mano.

Mi hermana es impresionante. Siempre lo ha sido. Fue la mejor de su clase en el instituto, estrella del voleibol en la universidad, y ahora *esto*. No deja de asombrarme.

Sonrío mientras entro y paso el dedo por su escritorio pulido; no hay ni una mota de polvo a la vista. Mi hermana ha construido esto de la nada. Sin atajos, sin padres ricos untando ruedas. Solo ambición, cafeína y pura e implacable «esencia Willow». No sé cómo lo hace. Yo no podría lograr ni una décima parte de lo que ella consigue, ni aunque me esforzara al máximo.

Pero, al mismo tiempo, tampoco querría. Por eso no envidio sus logros. Esta vida es genial para ella, pero no es una vida que yo desearía jamás. Un mes encerrada en este intenso entorno corporativo y estaría intentando abrir las ventanas para tirarme en plancha.

Saco su lujosa silla de cuero, me dejo caer en ella con un suave *pum* y giro para quedar frente a las impresionantes vistas.

Es mi primera vez en Nueva York y estoy emocionada por verlo todo.

Y la madre que me parió.

Nueva York se extiende como un sueño: luces parpadeantes, taxis tocando el claxon, toda esa energía pulsando por las calles de abajo como si fueran venas. El corazón me da un vuelco. Como si supiera que algo se avecina. Algo bueno.

Subo las piernas al escritorio, cruzándolas por los tobillos como una auténtica jefa.

Luego, cojo el subrayador de Willow y le doy una calada como si fuera un habano bien gordo.

No quiero la vida de Willow, pero la fantasía es divertida.

Me imagino como una alta ejecutiva con mucho poder, pero sé que se me daría fatal. Estaría constantemente metida en problemas.

Repartiría aumentos como Oprah en un estreno de temporada y cancelaría todas las reuniones antes de las diez de la mañana. Llenaría la oficina de pufs y cachorros de terapia y pondría un tarro gigante de M&M's de cacahuete en el mostrador de recepción. El código de vestimenta sería inexistente y, por supuesto, todo el mundo tendría los viernes libres.

Doy una calada a mi subrayador habano mientras contemplo el espectacular horizonte.

—¿Quién diablos es usted?

La voz es profunda. Afilada. Y no le hace *ni pizca* de gracia.

Me quedo petrificada a mitad de la calada al subrayador y giro lentamente la silla, con los pies todavía apoyados en el escritorio como si el sitio fuera mío.

Y vaya.

Ahí está él.

El jefe cascarrabias. El mismísimo y aterrador Señor Malhumorado.

El hombre del que Willow se ha quejado sin cesar cada vez que la he visto en los últimos cinco años. El hombre que le ha quitado años de vida. El hombre que está a punto de recibir un buen rapapolvo de su sobreprotectora hermana pequeña.

—Amber —digo mientras le sostengo la mirada en sus ojos castaños oscuros—. ¿Y quién diablos eres tú?

—El dueño de esta empresa —dice con un tono cortante que haría que la mayoría de la gente saliera corriendo presa del pánico.

Yo no soy como la mayoría. Me mantengo bien relajada mientras le sostengo su mirada de abusón.

—Bueno, pues felicidades —digo entre caladas de mi puro subrayador.

Entra en el despacho y, maldita sea, el hombre es un bombón. Gruñón, pero un bombón al fin y al cabo. El traje le queda como un guante a su cuerpo alto y musculoso. Lleva la corbata floja —lo único flojo en él— y me entran ganas de quitársela y deslizarla de su cuello. O tal vez me gustaría colgarlo con ella. Todavía no estoy segura.

Aunque esos ojos castaños abrasadores tienen algo. Profundos, intensos, un poco inyectados en sangre y clavados directamente en mí. A partir de ahí, la cosa solo mejora con su pelo castaño perfectamente peinado y las sutiles hebras grises mezcladas, sus rasgos faciales simétricos y esa barba de unos días que le da a su mandíbula sexy un tono oscuro muy apropiado para su alma.

Se yergue al entrar en el despacho, fulminándome con la mirada.

—Usted no debería estar aquí.

Le sonrío. —Me dicen mucho eso.

Él se queda mirando, en silencio. Calculando. Como si estuviera tratando de decidir si llamar a seguridad o cargarme sobre su ancho hombro y echarme él mismo. Yo preferiría lo segundo.

—No te sofoques —le digo pestañeando con coquetería—. Solo he venido a recoger una llave de parte de mi hermana.

—¿Su hermana?

—Willow Fletcher. ¿La conoces? Rubia. Brillante. Actualmente en un avión hacia Kauai con cara de acabar de escapar de un secuestro. ¿Te suena de algo?

—¡Por supuesto que conozco a Willow! —espeta—. Yo la contraté.

—¿Entonces cuál es tu maldito problema?

—¿*Perdone*? —dice él, echándose atrás sorprendido.

Le fulmino con la mirada mientras restriego mi puro subrayador sobre el escritorio, apagándolo contra el costoso roble.

—La hace trabajar demasiado.

Él suelta un bufido despectivo.

Me levanto lentamente, apoyando los puños en el escritorio mientras le clavo la mirada.

—¿Te produce placer explotar a tus empleados hasta la extenuación?

—¿Sabe cuánto gana Willow al año? —rebate él.

—No estoy hablando de dinero —digo—. Estoy hablando de decencia humana básica. Es un ser humano y, a menos que esta oficina funcione con sacrificios humanos, debería considerar dejarla marchar antes de medianoche de vez en cuando.

Abre la boca. Luego la cierra. La abre de nuevo. No le sale ni un sonido.

Acabo de dejar de piedra al dragón.

Tiene la boca en línea recta, pero, Dios mío, qué bien se ve cuando no sonríe. La tensión en su mandíbula es casi vibrante. Tiene todo ese rollo de "zorro plateado alfa" tormentoso: traje oscuro a medida, canas en las sienes, esa mezcla perfecta de elegancia de clase alta y rabia latente.

—¿Sabes qué hace cuando llega a casa a esas horas tan intempestivas? —pregunto ahora que lo tengo contra las cuerdas—. Se zampa una barrita de proteínas, ve ocho minutos de un programa de telerrealidad basura que trágicamente nunca terminará, y luego se queda dormida sentada como un fantasma victoriano. Eso es culpa *suya*.

—¿Culpa *mía*? —dice mirándome conmocionado—. Lo hace sonar como si la estuviera obligando a estar aquí. ¡Le encanta este trabajo!

—Claro —digo con una sonrisa fingida—. Del mismo modo que la gente dice que le encantan los maratones. O las colonoscopias.

Presiona los labios formando una línea tensa.

Doy un paso al frente, con la cabeza ladeada. —Mira, solo digo que... si alguien parece así de cansado todo el tiempo, tal vez el jefe no debería estar orgulloso de ello.

—Yo no... —empieza a decir, pero levanto una mano.

—Está bien —digo sonriendo dulcemente—. No he venido a montar un sindicato. Solo a por una llave. Pero, por lo que valga, si vuelvo a ver tu nombre en un mensaje de Slack de la empresa con una marca de tiempo posterior a la medianoche, volveré volando

aquí y organizaré una intervención. Posiblemente con mucha purpurina.

Me mira fijamente. Sigue sin hablar. Pero se le han puesto las orejas rosas.

Y pienso... *vaya*.

Le he dado donde le duele.

El «Señor Iceberg en un traje de Tom Ford» está contra las cuerdas.

Aparto los ojos de él y busco la llave, porque no debería fijarme en cómo la tela de su camisa se tensa sobre su pecho justo como debe ser. Ni en cómo las mangas de su chaqueta se ciñen a sus brazos como si hubieran sido cortadas a medida con el único propósito de poner a prueba mi lealtad hacia mi hermana.

Diviso la llave junto al identificador de Willow y la cojo, haciéndola girar en círculos con el dedo.

—Se equivoca en todo —dice dando un paso adelante—. Willow es una pieza esencial de la empresa.

—Claro —digo con un gesto despreocupado—. Tan esencial que, al parecer, no se le permite dormir ni ver el sol. Ni comer nada que no venga en un envoltorio de papel de aluminio.

Él entrecierra los ojos. —Yo no...

—Es demasiado ambiciosa, o educada, o está demasiado alienada por este sitio para decirlo —le corto, rodeando el escritorio —, así que lo diré yo por ella. Sea cual sea el ritmo que estás imponiendo por aquí, es demasiado. Va a mandar a mi hermana a la tumba antes de tiempo. Solo es un aviso. *Si* es que te importa.

Camino directamente hacia él, desafiando a ese monstruo de un metro ochenta y pico sin pizca de miedo. Juraría que incluso retrocede un centímetro.

Eso es lo que lo tiene tan descolocado. Que no le tengo miedo.

Y puede que eso sea lo más confuso que le ha pasado a Logan Strickland en todo el año.

Le dedico una pequeña sonrisa inocente. —No pasa nada. No todo el mundo sabe cuidar de las personas. Tú me pareces más del tipo «hojas de cálculo y beneficios por encima de sentimientos».

—No soy...

—Lo es —digo, cortándole dulcemente de nuevo—. Pero oye, alguien tiene que pagar por estas vistas impresionantes y ese letrero dorado tan feo de la entrada. Lo entiendo. ¿Qué más da que la salud de sus empleados sea el precio a pagar, verdad? Todo vale la pena por esos jugosos billetes.

Hago girar la llave en mi dedo índice y luego la atrapo en el puño.

—Un placer conocerte, Señor Malhumorado. Ahora, si me disculpa, tengo que ir a medicar a un gato viejo y enfermo.

Le dedico una sonrisa exagerada, le guiño un ojo porque sé que eso lo sacará de sus casillas, cojo mi maleta y me dirijo a la puerta.

A mis espaldas, no hay más que un silencio atónito.

El pobre señor Logan Strickland no tiene ni idea de lo que le acaba de pasar por encima.

CAPÍTULO CUATRO

Logan

¿Qué narices ha sido *eso?*

En serio. El corazón me late a mil mientras me quedo mirando a la puerta con la boca abierta.

Esa mujer…

Amber Fletcher.

Se acaba de ir sin mirar atrás. Me ha lanzado un guiño por encima del hombro, como si este fuera su despacho y fuese yo quien estuviera molestando.

No he conocido a nadie como ella en mi vida. Ha irrumpido en mi mundo con una maleta, una sonrisita de suficiencia y cero límites.

Y me ha dejado conmocionado.

Ahora que se ha ido, empiezo a sentir una especie de inquietud, de pánico. Necesito volver a verla. Necesito que esos impresionantes ojos color avellana vuelvan a posarse en mí, juzgándome, provocándome, exigiéndome que sea mejor hombre.

Quiero más de su lengua afilada. Quiero que me azote, tanto verbal *como* físicamente.

La deseo.

Estoy desconcertado. Demasiado desconcertado para pensar con claridad.

Se me ha metido bajo la piel en menos de cinco minutos.

No. Se me ha metido en el torrente sanguíneo. En el alma. Siento que la obsesión se apodera de mí como una droga: instantánea, adictiva y ya recorriendo mis venas.

Hacía mucho tiempo que nadie me hablaba así.

Que nadie me desafiaba así.

Soy el director ejecutivo de una empresa del Fortune 500. Domino cualquier sala de juntas en la que entro. Inspiro el temor de Dios en cualquiera que llegue tarde a una reunión. Soy el amo de este lugar.

Pero, al parecer, la señorita Amber Fletcher no ha recibido el aviso. No le ha importado lo más mínimo.

Y me ha gustado.

Me ha hecho sentir… humano.

Se está solo en la cima. Pesa la corona. Son dichos que he oído a lo largo de los años, pero no se entienden de verdad hasta que se viven.

Siempre estoy trabajando, así que solo me rodea gente que me ve como el jefe. Como alguien a quien obedecer. A quien temer.

Pero Amber no. Ella no me ha tenido miedo en absoluto.

Y no me ha visto como a un CEO. Me ha visto como a un hombre. Un hombre que estaba siendo terriblemente cruel con su hermana.

Y el solo hecho de que me vea de esa forma tan negativa hace que me tiemblen las manos.

—Joder —mascullo mientras salgo apresuradamente por la puerta con el pulso acelerado.

Recorro el pasillo a toda prisa y la alcanzo cerca de los ascensores.

Está ahí de pie, moviendo su maleta de adelante hacia atrás mientras contempla mi enorme letrero bañado en oro con una expresión de asco en su precioso rostro.

Verla me deja vacilante. Es como si una mano me estuviera apretando el alma.

Es el tipo de belleza que podrías contemplar todos los días durante décadas sin cansarte jamás. Diez años admirándola y aún

podrías encontrar algo nuevo, como las adorables y tenues pecas que le cruzan el puente de la nariz y la parte superior de las mejillas, o la forma cautivadora en que inclina la barbilla hacia arriba un poquito cuando sonríe, o cómo sus largas pestañas curvadas pueden poner a un hombre de rodillas.

Trago saliva con dificultad mientras bajo la mirada por su cuerpo exuberante, desde su camiseta de tirantes verde militar y sus vaqueros de tiro bajo hasta sus zapatillas Converse desgastadas. Parece la típica chica de al lado. Es tan diferente de las mujeres recatadas y formales de las que estoy rodeado constantemente, con sus caros tacones altos, sus faldas de tubo y sus blusas impecables. Amber parece de las que podrían jugar al béisbol con los chicos y luego darte un beso bajo las gradas.

Solo pensar en esos labios suaves y tentadores rozando los míos me deja sin aliento. Me hace desear desesperadamente que sus ojos vuelvan a fijarse en mí.

—Amber —la llamo mientras me acerco.

Se da la vuelta despacio. Con naturalidad. Como si supiera que iría tras ella.

Por supuesto que lo sabía.

Y por supuesto que yo iría. Estamos hechos el uno para el otro. No hay otra forma de explicar la tormenta que se está gestando en mi pecho.

—Te has llevado una impresión equivocada de mí —digo con la voz quebrada.

Su boca se curva con diversión mientras inclina la cabeza hacia un lado. —Vaya, cuenta, cuenta. Esto tengo que oírlo.

—Has dicho que exploto a mis empleados —le digo al acercarme, sintiendo un temblor por todo el cuerpo—. Pero no lo entiendes. No me tomo esta responsabilidad a la ligera.

Ella arquea una ceja con escepticismo, con esa sonrisa sexy todavía en sus carnosos labios.

—Todas esas personas que crees que torturo —digo, manteniendo mis ojos clavados en ella—, dependen de mí. Tienen hijos, hipotecas, padres enfermos. Conozco sus historias. Las de todos ellos.

Sé que el ascensor llegará pronto para sacarla de mi vida, así que hablo rápido.

—Ahora mismo estoy intentando salvar un departamento —continúo—. No rinde lo suficiente y todo el mundo quiere que lo cierre, incluida tu hermana, pero no puedo. Eso supondría tener que despedir a treinta y tres personas. Treinta y tres personas que se quedarían sin ingresos. Me está costando una cantidad de dinero indecente, pero lo mantengo abierto. Por ellos.

Suelta un suspiro suave mientras me observa.

—Solo para que no pienses que soy un monstruo total —susurro, bajando la vista.

Odio hacer recortes de personal. Me niego a ello a menos que sea absolutamente necesario.

Todavía recuerdo cuando tenía nueve años. Durmiendo en el asiento trasero de un Toyota Camry con una chaqueta de invierno mojada por manta. Mi madre llorando en silencio al volante.

No puedo hacerles eso a los míos. No lo haré.

—He visto lo que pasa cuando alguien lo pierde todo.

Su expresión se dulcifica, y detesto lo mucho que me afecta. Esa mirada: amable, tierna, compasiva. Como si acabara de encontrar una abolladura en la armadura que me paso cada maldito día puliendo.

El ascensor se abre con un tintineo, pero ella no se mueve.

—¿Vas a subir? —le pregunto, esperando con todas mis fuerzas que no lo haga.

—Ya vendrá otro —dice mientras las puertas se cierran—. Te has ganado un par de minutos.

Por primera vez hoy, sonrío. Ella me devuelve la sonrisa y la imagen es asombrosa. Casi pierdo el equilibrio.

Me mira de arriba abajo, aunque esta vez no hay sarcasmo ni comentarios ingeniosos. Solo ojos llenos de curiosidad. Como si me estuviera viendo a mí, no al director ejecutivo, ni al traje, sino al hombre que hay debajo.

Trago saliva con dificultad cuando sus ojos vuelven a encontrarse con los míos.

—Visto así —dice en voz baja—, no parece tan draconiano. Quizá no seas un monstruo total.

—¿Gracias?

Se pone una mano en la cadera y me mira, y por primera vez, veo el parecido entre ella y su hermana Willow. He visto a Willow dedicarle esa misma mirada a la gente en incontables ocasiones.

—Entonces, ¿qué haces para divertirte, Logan Strickland? ¿O esto es todo? —Señala con un gesto la oficina vacía—. Quedarte mirando hojas de cálculo a solas a las diez de la noche de un martes en un traje de tres mil dólares. Un sueño hecho realidad.

—¿Divertirme?

—Sí —dice mordiéndose el labio inferior—. Diversión. ¿Tanto tiempo ha pasado? ¿Te acuerdas de lo que es divertirse?

Suspiro. —Ha pasado un tiempo. Estoy demasiado ocupado para divertirme.

Niega con la cabeza como si no pudiera creerse que exista alguien tan patético como yo.

—Perdona la franqueza —dice—, pero me das la impresión de ser alguien que tiene más dinero del que podría gastar en cien vidas.

Y es verdad. No deja de acumularse en mi cuenta y nunca tengo tiempo para gastarlo. Lo invierto, pero eso solo me da más dinero con el que no sé qué hacer.

Algo me dice que a esta mujer no le impresionaría ver mi cuenta bancaria. Parece que le daría exactamente igual que fuera multimillonario, que lo soy, o que estuviera en la ruina, cosa que definitivamente no estoy. Para ella, mi valor como persona no tiene nada que ver con mi patrimonio neto. Es un gran cambio respecto a la gente de la que suelo estar rodeado.

—No me va mal —admito.

—O sea, que tienes dinero suficiente para disfrutar de cualquier experiencia que desees, en una ciudad donde puedes hacer prácticamente de todo, ¿y lo único que haces es trabajar? ¿He entendido bien?

Trago saliva. —No todo es malo. Me he desmelenado hace un rato.

Se inclina hacia delante con una sonrisa pícara. —Cuéntamelo todo.

—Me he comido una magdalena. Bueno, un bocado de una magdalena.

Su rostro cambia como si acabara de decirle que le pego patadas a los cachorros. —¿*Un* bocado de una magdalena? ¿Quién no se termina una magdalena?

Me quedo mirándola fijamente.

—¿Qué pasa, era el cumpleaños de alguien o algo así?

—Sí.

Mira a su alrededor con los brazos en alto. —¿Dónde están los adornos?

—Aquí no hacemos esas cosas.

—Claro —dice poniendo los ojos en blanco—. Porque los globos no serían lo bastante profesionales. ¿De quién era el cumpleaños, por cierto? ¿Les has recompensado dejándoles salir a las ocho?

Me tenso. Solo un segundo.

Pero ella se da cuenta.

—Espera… es *tu* cumpleaños, ¿verdad?

Me quedo inmóvil.

—Madre mía. Es *tu* cumpleaños. ¡Y sigues trabajando! Has estado aquí todo el día. Solo. Trabajando. ¿En tu cumpleaños?

—Me gusta trabajar —mascullo.

—¡¿En tu *cumpleaños?!*

Suelto un largo suspiro. —Es solo un día más.

Mierda. No debería haber dicho eso. Sus ojos avellana se abren de par en par, con un destello de locura.

—No es solo *un día más*. Es tu *cumple*años. El día que Logan Strickland irrumpió en este mundo y agració al universo con su presencia. Es el primer día que respiraste. El primer día que tu madre te sonrió. El primer día que algún médico afortunado le dio un azote a tu lindo culito. Si eso no es motivo de celebración, ¿entonces qué narices lo es?

No puedo evitar sonreír mientras observo a esta chica. No podríamos pensar de forma más distinta, pero por alguna razón, me siento inexplicablemente atraído por ella. No puedo apartar la vista.

—Nos vamos —dice, estirando el brazo y pulsando el botón del ascensor repetidamente con el dedo—. Vamos a celebrarlo.

—¿Ah, sí? —digo, y mi sonrisa se convierte en una carcajada.

—Es tu cumpleaños —dice—. Estamos en Nueva York. Somos amigos. Nos vamos de juerga.

—¿Somos amigos?

Me mira y asiente con firmeza. —Yo lo he decidido. Lo siento, pero no tienes voz ni voto.

Si yo tuviera voz, seríamos más que amigos. Tengo mucho que decir al respecto, pero por ahora, aceptaré lo que sea.

—No tienes por qué… —empiezo.

—Lo sé —dice, lanzándome una mirada por encima del hombro —. Pero quiero hacerlo.

Y así, sin más, ella toma el mando.

Las puertas del ascensor se abren y ella entra como si el maldito edificio fuera suyo, con su maleta rodando detrás con un alegre chirridito.

Es tan segura de sí misma. Tan decidida. No vacila ni un instante pese a que acaba de llegar a la ciudad. Es como si sacar a hombres desconocidos a la noche fuera una tarea más entre forzar cerraduras y organizar horarios de medicación felina.

Me pregunto si sabrá que acaba de descolocar mi vida por completo. Que me ha dejado conmocionado.

—¿Vienes, cumpleañero? —pregunta mientras sujeta la puerta para que no se cierre.

—Ese me gusta más que el último apodo que me has puesto.

—Tienes tres segundos para unirte a mí o volveremos a lo de Sr. Gruñón.

Sonrío mientras entro.

Como si hubiera otra opción.

Seguiría a esta mujer increíble a cualquier parte. Haría lo que fuera que me pidiera.

Me tiene atrapado y ya no hay vuelta atrás.

Las puertas se cierran y ella me mira con una sonrisa tan impresionante que se me olvida cómo respirar. —Próxima parada: la mejor noche de tu vida.

No me cabe la menor duda.
Ya lo está siendo.

CAPÍTULO CINCO

Logan

Me ofrecí a llevarla a cualquier parte.

Al *Pearl & Vine* en Tribeca, al *The Tonic Club* en el centro, al *Velvet Jack's* en el Upper East Side. Podría haber estado cenando con famosos y comiendo caviar traído en avión desde Madagascar, pero esto es lo que ha elegido.

Una pequeña y grasienta pizzería en Hell's Kitchen llamada *Vito's on 47th*. No hay mesas, solo cajas de leche invertidas esparcidas por la acera para sentarse... si tienes la suerte de pillar una.

Estamos atrapados en una cola que rodea la manzana, pero al menos avanza.

—No me puedo creer que nunca hayas comido aquí —dice mientras se coloca un mechón de sedoso pelo castaño tras la oreja. Me he fijado en que lo hace cada pocos minutos y me vuelve loco. Estoy deseando que llegue el día en que pueda acercarme y hacérselo yo siempre que me apetezca—. Si viviera en Nueva York, visitaría todas las pizzerías famosas que existen.

—Normalmente pido en el sitio que hay al final de la calle —digo, esperando que no me haga más preguntas al respecto.

—¿Cómo se llama?

Maldita sea.

—Pizza Hut.

Ella se limita a sacudir la cabeza con disgusto. —Voy a fingir que no he oído eso.

La cola avanza y nos movemos hacia delante. Estamos detrás de un grupo de bomberos que parece que acaban de luchar en el mismísimo infierno, a juzgar por el hollín, la ceniza y el agua que recubren sus uniformes. Su pizza corre de mi cuenta.

—Y bien, ¿qué tienes planeado para mí después de esto? —pregunto, incapaz de quitarle los ojos de encima a esta chica increíble. Me siento *vivo* siempre que la miro. Todo mi cuerpo experimenta un hormigueo de emoción y posibilidades mientras recorro con la mirada sus sexis labios y sus adorables mejillas. Solo quiero hundir mis manos en su pelo y atraer su boca hacia la mía. Cuando me ha preguntado adónde quería ir en mi «tour de cumpleaños», casi le digo que a mi dormitorio.

En lugar de eso, aquí estamos a por pizza, y no tengo ni idea de qué vamos a hacer después. Ha dejado su maleta en la recepción de mi edificio con el guarda de seguridad, porque quería «sentirse totalmente libre para hacer cualquier cosa que nos apeteciera», palabras textuales.

—Esa es la parte divertida —dice con una sonrisa—. No hay plan. Vamos a ir a donde nos lleve el viento.

Ahora mismo no corre ni una pizca de aire. Es agosto en Nueva York y hace un calor de mil demonios. Hell's Kitchen está haciendo honor a su nombre, sin duda. Me quito la chaqueta y me arremango. Los ojos de Amber se clavan en mis gruesos antebrazos y se le corta la respiración un segundo o dos.

Al parecer, no soy el único que tiene en mente algo más que pizza. Me tomo mi tiempo para remangarme, dándole espectáculo. Cuando finalmente aparta la mirada, sus mejillas lucen un adorable tono rosado y mi hambre es más fuerte que nunca.

La deseo. *Muchísimo*.

Hace siglos que no deseaba nada por mi cumpleaños, pero la deseo a ella.

Sonríe cuando me quito la corbata y me la guardo en el bolsillo.

—Ahí estamos —dice, asintiendo con una sonrisa en la cara—. Así mejor. Sabía que tenías capacidad para relajarte un poco.

No quiero cargar con la chaqueta del traje durante toda nuestra cita, o lo que sea esto... Puede que necesite tener las manos libres si lo que estoy fantaseando se hace realidad.

—Si crees que eso es impresionante —digo con una sonrisa—, mira esto.

Cruzo la calle y tiro mi chaqueta al gran contenedor de basura del otro lado. Tengo un armario lleno de ellas en casa y, si tengo que elegir entre tener otra chaqueta de traje italiano o hundir mis manos en el sedoso pelo de esta chica mientras nos besamos al final de la noche, bueno, para mí no hay color.

Ella sonríe como si no pudiera creerse lo que acabo de hacer mientras regreso trotando.

—Ahora sí que estamos llegando a alguna parte —dice cuando vuelvo.

Tengo la adrenalina tan disparada que me arriesgo y busco su mano. Deja que la tome. Siento el corazón golpeándome en el pecho mientras envuelvo su mano con la mía y la sostengo como si no fuera a soltarla nunca.

Su mirada sube hacia la mía, solo un segundo, pero es suficiente para detectar el calor ardiente en sus ojos. *Joder*. Si sigue mirándome así, se me va a poner como una piedra, y este no es lugar —en público y rodeado de bomberos— para ir marcando paquete.

Se aclara la garganta y baja la vista. —En fin —dice, fingiendo que no me estaba desnudando mentalmente con esos preciosos ojos color avellana—, creo que las noches de cumpleaños deberían ser espontáneas. Sin planes, sin horarios y, rotundamente, sin hojas de cálculo.

—Dices eso como si las hojas de cálculo fueran algo malo.

—Lo son —afirma muy seria—. Son matracas de la alegría. Asesinas de la diversión. Si una hoja de cálculo fuera una persona, llevaría pantalones de pinzas y diría «vamos a darle una vuelta a esto».

Me río. Suelto una carcajada de verdad. Que Dios me ayude.

La sonrisa de Amber rebosa deleite mientras me mira. —¿Ha sido eso una risa real y legítima, señor Strickland? Ten cuidado, ¿qué pasaría si alguien te viera?

—No te preocupes, no volverá a ocurrir.

Joder, no recuerdo la última vez que me sentí así de... suelto. Así de ligero. Estoy de pie en medio de una acera de Nueva York a casi cuarenta grados y, por alguna razón, no quiero parar un taxi y salir pitando a casa.

Y es todo gracias a Amber. Ella lo está haciendo divertido.

Iría a cualquier parte y haría cualquier cosa con ella.

Los bomberos que tenemos delante celebran cuando les toca el turno de pedir. Amber vitorea y grita como si fuera parte del equipo. Uno de ellos le ofrece chocar el puño, algo que ella acepta sin dudar. De algún modo parece que conoce a todo el mundo y a nadie al mismo tiempo. Para ella es algo natural. Es magnética. Es como si *perteneciera* a este lugar. A esta ciudad. A este momento. A mi vida.

Yo llevo aquí veinte años, ella lleva veinte minutos y, de alguna manera, es más neoyorquina que yo.

Esta chica es increíble.

Levanto la mano, haciendo una señal a Vito o al primo que sea que esté trabajando para Vito esta noche. —Las pizzas de todos los bomberos corren de mi cuenta —digo.

Ahora todos me aclaman y chocan el puño conmigo también. Me dan palmadas en la espalda y me dan las gracias con su marcado acento neoyorquino. No puedo evitar sonreír, sintiéndome un neoyorquino real y legítimo por primera vez en mi vida.

Amber le susurra algo al pizzero y, cuando me dan mi porción, hay una sola vela de cumpleaños clavada en el borde.

Me río mientras ella empieza a cantar el «Cumpleaños feliz» a pleno pulmón. Los bomberos se unen, y también todos los que están en la cola. Hasta los pizzeros cantan mientras yo me pongo rojo como un tomate, con toda la calle dándome la serenata. Es el mejor cumpleaños de mi vida.

—No olvides pedir un deseo —dice ella, con esa sonrisa radiante y los ojos muy abiertos, tan increíblemente perfecta.

Solo existe un deseo que podría imaginar. Solo hay una cosa que quiero.

A ella.

La deseo a ella.

Soplo la vela y todo el mundo aplaude. Amber me rodea el cuello con el brazo y me planta un beso en la mejilla. Me siento mareado mientras el aroma de su champú de kiwi me inunda los pulmones y sus pechos firmes se presionan contra mi hombro. Esa no puede ser la última vez que esos labios deliciosos me toquen. Necesito sentirlos de nuevo o me moriré.

Los bomberos nos piden que nos sentemos con ellos, pero ambos queremos estar a solas, así que cogemos dos cajas de leche y nos sentamos bajo una farola un poco apartados.

Maldita sea, incluso bajo las brillantes luces de la ciudad, esta chica parece un sueño. Quiero verla bajo todo tipo de iluminación: a la luz de las velas, en atardeceres, bajo el sol de la mañana al despertar en la cama... Rayos, hasta quiero verla bajo esas horribles luces fluorescentes de un McDonald's. Quiero verlo todo. Quiero experimentarla en todos los sentidos.

—¿Qué te parece? —pregunta cuando muerdo la pizza. Está buena. Jodidamente buena.

—Mejor que Pizza Hut —digo antes de dar otro bocado.

—Te lo dije —dice con una gran sonrisa—. Hay más vida más allá de tu piso de lujo, tu trayecto al trabajo y tu despacho. Tienes que salir más, señor Cascarrabias.

Ahora hasta me gusta ese mote. Me gustaría cualquier cosa que ella me llamara.

Después de la pizza, deambulamos un poco y acabamos en una especie de club de salsa subterráneo.

Normalmente odiaría un sitio así, pero puedo bailar bien pegado a mi chica. Esta vez no puedo evitar ponerme como una piedra mientras ella se frota contra mí con la música atronando en nuestros oídos. Tiene que notarlo contra sus caderas, pero no se detiene ni duda. Sigue deslizando ese cuerpazo sexi arriba y abajo contra el mío mientras menea las caderas de la forma más fascinante.

Estamos rodeados de gente sudorosa y semidesnuda en la pista de baile haciendo algunos de los bailes más guarros que he visto nunca, pero yo solo tengo ojos para ella. Tiene el pelo pegado a las sienes brillantes y, cuando se acerca, le coloco el mechón tras la oreja.

Me mira con la sonrisa tímida más impresionante del mundo y sé en mi corazón, en mi alma y en cada maldita célula de mi cuerpo que esta es la chica para mí.

Ella es la que quiero. La *única* que quiero.

Ahora, esta noche, para siempre. Es ella. Es mi alma gemela.

Solo espero que no tarde mucho en darse cuenta.

Empieza a sonar una canción lenta y los bailarines salvajes se juntan en parejas a nuestro alrededor, entrelazando las extremidades y acercándose.

Tomo la mano de Amber y la atraigo contra mi cuerpo, que es donde debe estar. Suelta un gemido mientras me mira; esos hermosos ojos se demoran en mi boca antes de subir hasta mi mirada ardiente.

—¿Qué has pedido? —susurra mientras empezamos a balancearnos al ritmo de la bonita canción.

Es difícil concentrarse en las palabras con sus pechos presionados contra mi pecho y sus caderas tan cerca de las mías.

—No, espera —dice, sacudiendo la cabeza—. Entonces no se cumplirá.

Miro a esta chica perfecta en mis brazos y suelto un suspiro profundo. —No te preocupes. Ya se ha cumplido.

Sonríe tímidamente y luego apoya la cabeza en mi pecho. No puedo creer que esté aquí ahora mismo, viviendo esto. Hace unas horas estaba en mi escritorio dándole las buenas noches a Cassandra, y mi mundo entero ha cambiado desde entonces. Parece que fue hace una eternidad.

Creo que hay momentos únicos en la vida que te cambian por completo. Momentos tan intensos que parten tu línea de vida en dos, de modo que solo existe el tiempo antes del momento y el tiempo después.

Esto de aquí, esta noche con Amber, es uno de esos momentos. Podría tener cien años y estar en mi lecho de muerte, recordando todos los largos años que he vivido, y sé que mi primer pensamiento será esta noche. El encuentro inesperado en la oficina, el cumpleaños cantado ante una pizza, el baile, el clic en mi mente cuando comprendí que no todo puede ser trabajo. Una vida también tiene que tener algo de diversión, si no, ¿qué sentido tiene?

—¿Voy a volver a verte? —susurra.

—Eso espero, joder —digo con una risa—. De lo contrario, puede que no sepa cómo seguir adelante.

—Solo estoy aquí dos semanas —dice ella—. Hasta que Willow y Greg... ¡*Mierda*!

Me echo hacia atrás mientras ella se queda rígida en mis brazos. —¿Qué pasa?

—¡*Munchies*! —dice con pánico en los ojos—. ¡Tengo que llevarle su medicación!

—Vale —digo, intentando calmarla.

Pero está demasiado alterada para escuchar.

—¡Me tengo que ir! —dice, soltándose. Cada instinto de mi cuerpo me urge a quedarme con ella y no perderla de vista, pero es tan escurridiza como divertida—. No soy una irresponsable. Soy cumplidora.

Es lo último que le oigo decir antes de disolverse entre la multitud compacta, moviéndose con una velocidad impresionante.

Yo soy mucho más grande, así que me cuesta más seguirla y esquivar a todo el mundo.

—¡Amber! —grito por encima de la música—. ¡Amber, espera!

Me late el corazón con fuerza cuando por fin llego a la puerta, y siento que voy a vomitar cuando la veo meterse en un taxi y desaparecer de mi vida tan rápido como irrumpió en ella.

No...

No puede terminar así.

Pero no terminará. Tengo que saber que no será así.

Somos almas gemelas, y esto es solo el principio.

Me aseguraré de ello como sea.

Prenderé fuego al mundo antes de dejar que esa chica se escape de mi vida.

Mi deseo de cumpleaños *se cumplirá*.

Amber será mía.

CAPÍTULO SEIS

Amber

Para cuando irrumpo en el apartamento de Willow, estoy sudada, sin aliento y peligrosamente cerca de sufrir un ataque de pánico.

—¡¿Munchies?!

Silencio.

—¡Munchieeeees! —Me quito los zapatos de una patada, suelto el equipaje y recorro el lugar como si mi vida dependiera de ello.

Finalmente aparece contoneándose por el pasillo, con el mismo aspecto que recordaba de las fotos que Willow me envía constantemente: como un pequeño brujo gruñón que se hubiera quedado atrapado en una alfombra de pelo largo.

—Por todos los dioses del Fancy Feast —susurro, llevándome una mano al pecho—. Estás vivo.

Parpadea y luego se deja caer al suelo con mirada exigente. Si pudiera hablar, estoy segura de que bufaría: «*Acaríciame ahora mismo, mujer*».

Me acerco a toda prisa y me dejo caer en el suelo de madera junto a él. Mi corazón sigue latiendo con fuerza por todo el pánico, pero se está calmando ahora que sé que está bien.

Munchies tiene un aspecto muy extraño. Me encanta. Tiene la cara tan plana que parece que lo plancharon al nacer; su pelaje es

rebelde, como una mopa encantada, y su olor penetrante es como una compleja mezcla de aliento a atún y algo que solo puedo describir como alfombra vintage rancia.

—Hola, pequeñajo —le digo mientras lo acaricio—. Soy tu tía Amber.

Se lame la pata. Luego tose.

Cierto. Las medicinas.

Busco por la cocina hasta que encuentro la extensa lista que Willow me ha dejado sobre la encimera, y me quedo boquiabierta.

La lista ocupa varias *páginas*. En plural.

Leo la lista por encima mientras murmuro para mis adentros, sosteniéndola a la distancia de un brazo como si me hubiera ofendido personalmente. —¿Tres pastillas, dos cuentagotas y una inyección? ¿Cómo sigues vivo, gato?

Lo preparo todo, lo alineo y lo miro. Él me mira a mí. Ambos sabemos que esto no va a terminar bien.

Diez minutos después, me ha arañado una docena de veces, me ha babeado y me ha bufado más veces de las que puedo contar.

Él tiene baba en los bigotes. Yo tengo sangre en la muñeca.

Así es mi vida ahora. Al menos durante las próximas dos semanas.

—Vale —digo con un suspiro mientras me desplomo en el enorme sofá modular del salón—. Hemos sobrevivido. Por poco.

Miro a mi alrededor y por fin asimilo el lugar. Madre. Mía.

Es *impresionante*.

Paredes de cristal. Vistas completas del perfil de la ciudad. Un piano de cola en la esquina, ¿porque resulta que ahora mi hermana, que no tiene oído, toca el piano? Hay estanterías más altas que la casa donde me crié y, en la cocina, un viejo horno modernizado de la marca La Cornue Range que es más grande que mi coche.

Estoy agotada, pero tengo que ver el resto de este sitio. Me lleva un rato.

Hay cuatro dormitorios. *Cuatro* baños.

—¿Pero qué narices? —murmuro asomando la cabeza en otra lujosa ducha de obra con un rociador de lluvia gigante montado en

el techo y todo tipo de chorros y boquillas para conseguir el vapor perfecto.

Ahora comprendo por qué los ricos nunca salen de sus casas. Si la vivienda de Logan es la mitad de bonita que esta, lo entiendo mejor y me siento mal por haberle avergonzado por no ver nunca la ciudad. ¿Para qué ibas a hacerlo cuando puedes darte un baño de vapor en esta cosa hasta convertirte en una uva pasa humana?

—Esto es una locura —susurro mientras deambulo por una habitación de invitados que tiene espacio suficiente para una cama king-size, un montón de muebles y *encima* tiene un baño y un vestidor propio—. Pensaba que los apartamentos de Nueva York se suponía que tenían el tamaño de una caja de zapatos.

Este es como unos grandes almacenes.

Pero incluso con todos los acabados de infarto y la bañera del baño integrado lo bastante grande como para organizar una fiesta en la piscina, mi mente está en otra parte.

Está con Logan.

Me apoyo en el marco de la puerta del cuarto de invitados y sonrío para mis adentros. Esa noche... fue *perfecta*.

La pizza. La forma en que se reía, sin reservas y de verdad. El modo en que se le iluminaba la mirada cada vez que yo decía algo raro y él fingía que no le gustaba. El peso de su mirada cuando yo no estaba mirando. La intensidad cuando sí lo hacía.

Y cómo no dudó ni un segundo en seguirme a aquel ascensor, como si yo fuera una nueva forma de gravedad que no alcanzaba a comprender.

Me gusta.

Y no me gusta solo en plan «es un madurito que está buenísimo y podría arruinarme la vida en una noche». Aunque... sí, una ración generosa de *eso* también me la pido.

Quiero decir que me gusta *de verdad*.

Estoy coladita por el Señor Gruñón. Aunque ahora empiezo a pensar que un nombre más apropiado para él sería el Señor Te-Tengo-Ganas.

Deambulo por ahí, sacando la ropa de la maleta e instalándome, y durante todo el tiempo, mi mente está puesta en él.

Nunca me había sentido así por un hombre. Qué demonios, nunca había causado este efecto en un hombre.

Normalmente, no tardan mucho en decirme que me vaya o en fingir que reciben una llamada al móvil.

Pero Logan... estaba *cautivado* conmigo. Estaba *intrigado*. Y se sentía *bien*.

Me saca veinte años.

Pero quizá es lo que necesito.

Alguien con los pies en la tierra. Alguien sólido. Alguien que sepa quién es y qué quiere.

He pasado tanto tiempo flotando por la vida, persiguiendo ideas, vibras y sentimientos... Quizá sería agradable tener a alguien que haga que el suelo parezca menos lava y más tierra firme.

Tal vez Greg tenía razón. Tal vez soy una *veleta*.

Y quizá Logan pueda ser mi ancla.

Suelto un quejido y me desplomo en la cama, mirando al techo, mientras Munchies salta a mi lado y se acurruca en mi axila con total descaro.

—Ay, madre —susurro al pensar en el final de la noche.

La culpa me invade rápidamente.

Odié dejarlo así.

Esa mirada atónita y destrozada en su rostro... se me va a quedar grabada durante *mucho* tiempo.

Pero cuando la estrambótica rutina médica de Munchies me vino de repente a la cabeza, entré en pánico. Oí la voz de Greg en mi mente —juzgándome, culpándome, *odiándome*— y salí huyendo. Ni siquiera pude despedirme como es debido.

Mañana se lo compensaré al señor CEO madurito y atractivo.

Pensaré en algo bueno. Algo inolvidable.

Porque Logan Strickland merece que lo celebren. Y ahora que lo he probado un poco...

No he terminado.

Ni de lejos.

CAPÍTULO SIETE

Logan

—Se lo digo en serio —dice Charles, ajustándose la corbata por tercera vez en dos minutos—, los números no mienten. Hemos invertido doce millones en VANTAGE durante los últimos dos años y no hemos visto salir ni un solo producto viable de ahí.

Me quedo mirando la pantalla que tiene detrás. Tablas. Gráficos. Curvas de pérdidas proyectadas. Todo se vuelve borroso.

—Los usuarios abandonan después del primer módulo de incorporación —añade Denise desde el otro lado de la mesa de conferencias—. La asistente, Eva, es demasiado mecánica. No engancha. No hay un vínculo emocional. Hemos intentado cuatro relanzamientos y sigue sin conectar.

Cuatro ejecutivos. Un mensaje claro: cerradlo.

Si Willow estuviera aquí, estaría de acuerdo con todos ellos.

Me muevo en la silla, con los hombros tensos por la irritación.

Se suponía que VANTAGE sería nuestra división de cara al futuro. El «Visionary Advancement of Next-gen Technology And Growth Engine». El equipo se formó para lanzar a Strickland Innovations Group de la lista Fortune 500 a la Fortune 50.

En lugar de eso, se ha convertido en el hazmerreír de las reuniones de presupuesto. Están pasando apuros y es un desastre.

Son arenas movedizas corporativas que hunden cada dólar que les doy.

—Mire —continúa Charles—, todos sabemos por qué dudas. Le importa el equipo. Lo entendemos. Pero VANTAGE está lastrando nuestras perspectivas para el tercer trimestre. Los inversores están vigilando.

Asiento lentamente. Intento prestar atención, intento pensar en una solución, pero mi cerebro no está totalmente en la sala.

Está con ella.

Amber.

Diosa del caos y portadora de luz. La chica que ha logrado sacudir mis cimientos y conmoverme hasta lo más profundo. Todo en un instante.

Apenas he dormido anoche. Me he pasado la noche entera pensando en ella.

Esos labios… Esa boca…

Dios, debo de haberme masturbado cinco veces anoche pensando en su cuerpo pegado al mío antes de caer finalmente rendido por el sueño.

¿De dónde demonios ha salido? No sabía que existieran mujeres como ella.

He tenido mi ración de mujeres lanzándoseme encima. Sé que soy un buen partido sobre el papel: aspecto, dinero, el título de director ejecutivo. Es lo que muchas mujeres quieren. Esos roces persistentes en mi brazo, las risas exageradas, los toqueteos del pelo… sé lo que están haciendo. Simplemente nunca he tenido tiempo ni ganas para nada de eso. No veía cómo podría encajar una mujer en mi vida. A decir verdad, no necesitaba a ninguna.

Pero con Amber…

No sé cómo puede encajar en mi vida. Es como intentar meter una pieza cuadrada en un agujero redondo. No podríamos ser más diferentes. Yo soy estructura y orden, y ella es caos y desorden. No debería funcionar.

Pero funciona.

Quiero que funcione. Quiero que ella encaje. Qué demonios, me convertiré en un agujero cuadrado. Haré lo que sea necesario con tal

de estar cerca de ese ángel con el que ya estoy obsesionado.

Me froto la mandíbula, volviendo a conectar con la reunión justo a tiempo para oír a Denise decir: —...los paquetes de indemnización serían generosos. Mantendríamos a los tres ingenieros principales y despediríamos al resto.

—No —digo, poniéndome de pie.

Todos se quedan helados.

—No —repito—. No vamos a cerrar VANTAGE. Todavía no.

Charles se aclara la garganta. —Señor, con el debido respeto.

—He dicho que no. —Mi voz es tranquila, tajante—. Ya encontraremos una solución. Pueden retirarse.

Dudan, pero yo ya estoy saliendo de la sala.

No voy a hacerles eso a treinta y tres personas. Encontraré la manera de que funcione.

En cuanto camino por el pasillo, mis pensamientos vuelven a Amber. Supongo que así es mi vida ahora. Mi concentración, perdida. Mi atención, aniquilada. Cada pensamiento y sentimiento gira en torno a ella.

Debería estar aterrorizado, pero la sensación es eléctrica. Es increíble. Como si algo estuviera cambiando dentro de mí. Algo que ha estado dormido durante demasiado tiempo está *despertando*.

No puedo dejar de pensar en dónde está, qué está haciendo, con quién está hablando.

Nueva York es una ciudad grande y peligrosa, y la idea de mi Amber, tan inocente y confiada, deambulando sola por ella hace que se me acelere el pulso. Hace que me sienta inquieto por dentro. Una necesidad primaria de proteger a mi chica se retuerce en mi pecho y hace que me tiemblen las manos. Debería estar a su lado, protegiéndola, cuidando de ella. Odio estar aquí.

Debería haberle pedido su número. ¿En qué estaba pensando?

Pienso en llamar a Willow para pedírselo, pero Amber me desollaría vivo si llamara a su hermana en la primera mañana de sus vacaciones.

Cassandra levanta la vista cuando paso por delante de su escritorio y suelta un profundo suspiro.

Sonríe, pero la sonrisa no llega a sus ojos. Paso de largo, pero luego me detengo mientras ella escribe en el ordenador. Las palabras de Amber flotan en mi cabeza.

¿Te corres explotando a tus empleados hasta la extenuación?

—¿Necesita algo, señor Strickland? —pregunta Cassandra mientras me doy la vuelta y me coloco junto a su mesa.

Hablo de decencia humana básica. Es un ser humano y, a menos que esta oficina funcione con sacrificios humanos, podrías considerar dejar que se vaya antes de medianoche de vez en cuando.

—Quiero disculparme por haberte hablado mal ayer —digo—. Por lo del informe de Jones. Estuvo fuera de lugar y fue mezquino. Lo siento.

Se queda boquiabierta mientras me mira parpadeando, sin saber qué hacer.

—Oh. Eh. No pasa nada.

—Sé que has estado trabajando mucho.

Ella asiente con cautela.

—Tómate el viernes libre.

Sus ojos se abren de pánico. —¿Estoy despedida?

Jesús. ¿Qué demonios le he hecho a esta pobre chica? Amber tenía razón. Tiene razón en todo.

—No, no estás despedida —digo en tono suave—. Eres una empleada valiosa y me alegro de tenerte.

Ahora se está sonrojando.

—Gracias, señor Strickland —dice mientras juguetea con su collar.

—Vete a un spa o a algún sitio agradable —le digo mientras saco la cartera—. Y pásalo por la tarjeta de la empresa.

La dejo sobre su mesa y tengo que contener una carcajada porque parece estupefacta. Se queda mirando la tarjeta de crédito como si fuera a estallar en llamas.

—Llévate a una amiga si quieres. Y diviértete.

Me alejo antes de que pueda recuperar el habla.

Abro la puerta de mi oficina y—

Santo cielo.

Allí está ella.

Amber Fletcher.

En mi escritorio.

Girando lentamente en mi silla.

Sonriendo como si fuera la dueña del lugar.

—¿Qué haces aquí? —suelto de repente.

No es la mejor elección de palabras, pero estoy tan sorprendido de verla… Siento que necesito tocarla para asegurarme de que es real.

—He venido a sacarte de aquí.

Mis labios se curvan en una sonrisa a mi pesar.

—¿A sacarme de aquí?

—Sí —dice mientras se levanta, luciendo aún más increíble de lo que recordaba—. ¿Alguna vez has hecho pira?

—No puedo decir que lo haya hecho.

Mis ojos encendidos recorren de arriba abajo su cuerpo impresionante mientras rodea mi escritorio. Lleva un vestido veraniego blanco con girasoles por todas partes y no sé dónde mirar: sus largas piernas desnudas van en cabeza, pero esos pechos redondeados y sus caderas anchas y deliciosas definitivamente también compiten por el puesto. No puedo asimilarlo todo lo bastante rápido.

Su pelo castaño está suelto y ondulado. Joder, tengo unas ganas locas de hundir mis manos en él y atraer su boca a la mía. Hay tantas cosas que quiero hacerle, pero no puedo hacer ninguna de ellas en mi oficina llena de gente con estas malditas paredes y puertas de cristal.

—Bueno, eso cambia hoy —dice mientras se acerca a mí, radiante bajo la luz de la tarde. Estoy asombrado por esta mujer. ¿Cómo puede ser real? —Nos vamos fuera.

Iría a cualquier parte con ella.

Su sonrisa se desvanece. —Siento haberme ido así anoche —dice en tono resignado—. El deber me llamaba y me entró un poco de pánico.

Cojo suavemente su muñeca con mi mano grande y giro su brazo. Hago una mueca al ver todos los arañazos recientes por toda su piel perfecta.

—¿Supongo que Munchies no quería sus medicinas?

—No —dice ella con una carcajada—. No quería. Pero el puñetero bicho peludo se las tomó de todas formas.

Me río. La felicidad y el alivio de verla inundan mi pecho como una ola cálida. No puedo creer que esté aquí. No puedo creer que vaya a pasar otro día mágico con esta mujer.

—¿A dónde vamos?

—Primero, a una tienda de ropa para quitarte ese traje —dice, mirándome de arriba abajo, y tomándose su tiempo—. Aunque no vamos a tirar este a la basura. Eso sería un crimen contra el atractivo masculino. Después de que te pongas ropa civil normal, vamos a ir a un partido de los Yankees.

Levanto las cejas, incapaz de evitar que la sonrisa se extienda por mi cara. —Nunca he estado en el Yankee Stadium.

Ella pone los ojos en blanco con picardía. —Claro que no, pero eso cambia hoy.

Mi chica me agarra de la mano y me arrastra hacia la puerta. No me resisto ni lo más mínimo.

Dos horas más tarde, llevo pantalones cortos, zapatillas de correr y una camiseta de los Yankees, y estamos sentados en el mejor palco privado que ofrece el estadio. He tenido que pedir un favor a uno de mis contactos adinerados para conseguirlo.

Pero Amber, que está sexy de muerte con su nueva gorra de los Yankees, no parece impresionada.

—Esto no es lo que yo tenía en mente —susurra mientras mira alrededor del palco a todos los demás hombres y mujeres de negocios de traje.

—¡Este es el mejor palco privado de todo el béisbol!

—Es aburrido —dice con los hombros caídos—. Quiero ir a los asientos baratos, donde la gente sabe divertirse.

No puedo decirle que no.

Así que nos largamos y nos colamos en las gradas generales. Cogemos unas cervezas grandes del tipo que las vende en las gradas y nos deslizamos en unos asientos vacíos rodeados de fans de los Yankees de todas las edades y tipos. El lanzador de los Yankees elimina a un bateador cuando nos sentamos y Amber choca los cinco con el chico que tiene detrás.

—Esto ya es otra cosa —dice con los ojos brillantes de emoción mientras escudriña la multitud. Yo solo la miro a ella. Es jodidamente perfecta. No puedo quitarle los ojos de encima.

Pensaba que estaba guapa con el pelo castaño suelto, pero esa gorra de los Yankees me está volviendo loco. Esta chica es irresistible.

Observo cómo sus labios tocan el vaso de plástico mientras da un sorbo a la cerveza y suelto un gruñido, imaginando esos labios envolviendo mi polla dura. Dios, las cosas que le haría a esa boca…

—Y bien, ¿de qué iba tu reunión?

—¿Eh? —digo, saliendo de golpe de mis pensamientos sucios.

—Cassandra ha dicho que estabas en una reunión —continúa ella. El lanzador lanza un strike y Amber choca los cinco con la chica de al lado—. ¿Se trataba de la dominación mundial? ¿Cuál es el primer continente que Strickland Innovations Group va a conquistar?

—Se trataba de un programa que hemos estado desarrollando, pero que ha sido un fracaso épico.

Le cuento un poco de qué va, intentando que sea fácil de digerir.

—¿O sea que a nadie le gusta la pobre Eva? —dice con el labio inferior sobresalido—. ¿La tienes en el móvil? Déjame verla.

Abro el avatar interactivo y le paso el teléfono.

—Hola Eva —dice con voz alegre—. Tengo problemas con mi jefe gruñón. No para de gritarme por las hojas de cálculo.

—*Aquí tienes tres formas eficientes de gestionar las hojas de cálculo de manera apropiada* —suelta la voz robótica de Eva. Sigue hablando con monotonía, soltando jerga corporativa que me doy cuenta de que a Amber le suena a chino.

—Ya —dice Amber con una carcajada mientras me devuelve el teléfono—. Veo por qué nadie lo usa. Eva es un muermo.

—Es eficiente y puede ayudar a aumentar la productividad si la gente la usa correctamente —digo a la defensiva.

—Pero no la usan —dice como si fuera dolorosamente obvio—. Porque es aburrida. Las empresas están llenas de gente normal. A la gente normal le gusta divertirse. Incluso en el trabajo. Haz que sea divertida y la gente la usará.

Se oye un chasquido fuerte y toda la sección a nuestro alrededor se pone en pie de un salto.

—¡Que viene! —dice Amber, agarrándome del brazo y obligándome a levantarme.

El corazón me empieza a latir con fuerza mientras me pongo de pie y miro al aire. La pelota de béisbol cae en picado y estiro el brazo para cogerla. Soy más alto que todos los que me rodean, así que tengo ventaja. Empujo al tipo de delante, haciendo que se le derrame la cerveza, pero la atrapo. La bola golpea mi palma y cierro los dedos sobre ella, apretándola contra mi pecho mientras todo el mundo vitorea.

Amber se queda boquiabierta mientras me mira como si fuera un superhéroe.

Le doy la pelota y ella la mira asombrada antes de volverse hacia mí. Me agarra la camiseta, me tira hacia abajo y planta esos labios suaves y carnosos justo sobre los míos.

Suelto un gemido al saborearla por primera vez mientras todo el mundo nos aclama a nuestro alrededor. Debemos de estar saliendo en la pantalla gigante porque todo el estadio estalla en vítores.

Quería que nuestro primer beso fuera en privado, pero tengo que admitirlo. Esto también mola bastante.

CAPÍTULO OCHO

Amber

La cena no es lo que esperaba.

Tras el caos del estadio, pensaba que acabaríamos comprando unos perritos calientes en un carrito o comiendo fideos en la acera. Pero, de alguna manera, aquí estamos, sentados en un pequeño y tranquilo restaurante italiano escondido en una calle secundaria del West Village, con guirnaldas de luces sobre nosotros y hierbas frescas creciendo en macetas de terracota en los alféizares de las ventanas.

Es encantador. Y romántico.

Y demasiado elegante para la gorra de los Yankees que llevaba puesta. He guardado la pelota de béisbol que Logan ha atrapado para mí y mi nueva gorra en el Rolls Royce que Logan ha alquilado para hoy, con un conductor incluido que probablemente esté jugando al Sudoku en su móvil ahora mismo.

No me puedo creer que hayamos encontrado este sitio simplemente deambulando, recorriendo calles al azar mientras íbamos de la mano. Esa es la belleza de esta ciudad y algo de lo que Logan nunca se había dado cuenta hasta que irrumpí en su vida: hay magia escondida en cada rincón. Solo hay que salir y buscarla.

Este pequeño restaurante estaba agazapado en la esquina de una calle tranquila y sinuosa, como si llevara aquí desde que se inventó la salsa marinara. Las paredes son de un ladrillo cálido, desgastado por el tiempo y adornado con fotos en blanco y negro de lo que supongo que son generaciones de la misma familia: riendo alrededor de mesas largas, sosteniendo bebés y enrollando pasta como si fuera un deporte olímpico. El mero olor podría curar un trauma infantil: albahaca fresca, tomates a fuego lento y ajo asado.

Hay un pequeño trío de músicos tocando al fondo. Uno tiene un acordeón, otro una mandolina y el último es un hombre mayor con una voz de terciopelo que canta baladas italianas suaves y lentas. Parece que debería ser el abuelo de alguien gritando a sus nietos en un viñedo, pero su voz es hermosa y un poco desgarradora. Hace que todo el lugar parezca estar flotando ligeramente sobre el suelo.

Es el tipo de restaurante donde los camareros te besan en las mejillas y discuten sobre quién hace las mejores albóndigas, si mamá o la Nonna.

Me hace pensar en la familia.

No solo en la mía actual, sino en el tipo que quiero tener algún día. Esa clase de familia ruidosa, cariñosa y demasiado entrometida que abraza demasiado y come aún más. Me muero de ganas de ver a mis padres como abuelos, abrazando a mis niños pequeños y mimándolos en Navidad. Y en mi fantasía, este hombre está ahí mismo, a mi lado.

Miro a Logan al otro lado de la mesa.

—¿Cómo es tu familia?

Toma un sorbo pausado de su vino tinto y se lo piensa. Eso es lo que más me gusta de él. Es pausado y deliberado. Elige sus palabras con cuidado y piensa antes de hablar. Es el polo opuesto a mí, con mi boca que no para de parlotear y que no se calla nunca.

—Mi madre vive en Florida —dice—. Con su novio, Mitch. No la veo tanto como debería.

—¿Por qué?

Se encoge de esos hombros grandes y sexis. Está para comérselo con su camisa negra de cuello y sus pantalones marengo

perfectamente entallados, con las mangas remangadas sobre esos antebrazos tan tentadores. Tengo la mejor vista de la ciudad.

—No soy el mayor admirador de Mitch y él no es el mayor admirador mío.

—Vaya —digo, sin querer presionarlo más de lo que él desea. Noto que este hombre no es del tipo que se abre con facilidad. Pero tengo curiosidad por su infancia. Tengo curiosidad por todo lo que tenga que ver con él—. ¿Cómo era tu madre cuando eras pequeño?

La hermosa canción termina y todos en el restaurante aplauden con cortesía.

Se hace el silencio hasta que el abuelo comienza otra canción y las conversaciones tranquilas se reanudan.

—Fue difícil para ella —dice. Puedo ver cómo la pesadumbre invade su cuerpo. Sin duda, también fue difícil para él—. Mi padre nos dejó sin nada. Simplemente se esfumó. Mi madre lo intentó, pero... El mundo no es muy amable con las madres solteras sin dinero y sin estudios. Consiguió un trabajo en una planta de fabricación haciendo piezas de coches, pero cuando la despidieron, nos afectó mucho. No teníamos familia que nos ayudara ni red de seguridad. Un mes vivíamos en un piso minúsculo en Filadelfia. Al siguiente, dormíamos en su coche.

Se me encoge el pecho. —Logan...

Él niega con la cabeza, sin buscar lástima.

—Duró nueve meses —continúa—. Aparcaba en la iglesia o en los aparcamientos de los grandes almacenes. Tenía toallitas húmedas en la guantera. Intentaba que pareciera normal, como si fuera algo temporal. —Su voz baja de tono—. Pero yo sabía que nos quedaríamos allí una buena temporada.

Apenas puedo respirar. No tenía ni idea. Cuando pienso en Logan Strickland, pienso en riqueza y lujo, no en un niño asustado que vive en el asiento trasero de un coche. No sabía que existía este lado de él, pero quiero oír más. Quiero conocer todas sus facetas.

—Nunca le he contado eso a nadie. —Cuando levanta la vista hacia mí, algo se quiebra en mi interior.

No es solo que haya pasado por un infierno. Es que confía en mí lo suficiente como para mostrármelo. Para dejarme ver al niño

asustado que hay tras el hombre. La herida bajo la armadura.

Alargo la mano sobre la mesa y pongo la mía sobre la suya. No se mueve durante un segundo, pero luego gira la mano con la palma hacia arriba y entrelaza sus dedos con los míos.

—Lo siento —susurro.

—Por eso me tomo el trabajo tan en serio —dice—. Por eso me esfuerzo tanto. No quiero que eso vuelva a suceder y, desde luego, no quiero hacérselo pasar a nadie más.

—Eres un buen hombre, Logan —digo, simplemente porque creo que necesita oírlo. No creo que lo oiga con la suficiente frecuencia.

Me estremezco cuando esos ojos castaños oscuros se encuentran con los míos.

Hay algo en la forma en que me mira... el hambre y la posesión en sus ojos... Me hace pensar que, tal vez... Tal vez esto podría funcionar de verdad.

Tal vez sí que estamos hechos el uno para el otro. Tal vez los polos opuestos no solo se atraen, sino que pueden fundirse en uno solo.

—Estás lleno de sorpresas —le digo.

—Pensaba que era aburrido —dice con una sonrisa burlona.

—Eres cualquier cosa menos aburrido, señor Strickland. —Él ha sido vulnerable conmigo y ahora me toca a mí ser vulnerable con él —. Puede que seas lo más emocionante que me ha pasado nunca.

Sonríe. Es una sonrisa peligrosa. Es el tipo de sonrisa por la que lo dejas todo y te mudas a Nueva York. Está relajado de una manera que ayer no estaba. Sigue siendo agudo, sigue siendo imponente, pero ahora hay algo desprotegido en él. Como si me estuviera dejando ver al hombre que hay tras el cargo.

Y me gusta lo que veo.

—Cuéntame algo íntimo —dice mientras traza suaves círculos en mi muñeca con la punta del dedo, poniéndome la piel de gallina—. Algo que nadie más sepa de ti.

Respiro hondo, preguntándome si quiero llegar *ahí*.

Me doy cuenta de que sí. Quiero ir a *todas partes* con él.

Me acerco y bajo la voz. —Soy virgen.

Su mandíbula se tensa y sus ojos oscuros se llenan de una reverencia que hace que se me encojan los dedos de los pies mientras me observa.

Simplemente, nunca me pareció lo correcto. Nunca sentí que pudiera confiar en alguien para ser así de íntima y vulnerable.

Antes pensaba que me pasaba algo por ser tan selectiva. Por esperar. Por querer algo más.

Pero ahora lo sé: solo estaba esperándole a *él*.

Mi tipo no es un chico fiestero con abdominales ni un patinador desaliñado con un cigarrillo colgando de los labios.

Mi tipo es *esto*.

Un hombre gruñón, obsesivo y mandón con adicción al trabajo y un corazón que solo se abre para mí.

Me encanta que puedo hacerlo sonreír incluso cuando no quiere. ¿Y hacerlo reír? Eso se siente como ganar la lotería cada bendita vez. Ojalá pudiera embotellar ese sonido profundo y rotundo para reproducirlo cada vez que necesite un subidón de energía.

Siento que fuimos hechos el uno para el otro. Como si simplemente *encajáramos*.

—¿Qué piensas de eso? —le pregunto con timidez, esperando que no se ría en mi cara.

Se frota su sexi mandíbula cubierta de barba de pocos días y se inclina hacia mí. —Pienso que no podrás seguir diciendo eso durante mucho tiempo.

Todo mi cuerpo se tensa ante sus palabras.

Le rozo la pierna con el pie y él deja escapar un gruñido bajo y posesivo. El calor se arremolina desde mi vientre y late entre mis muslos ante su promesa.

Nuestra mesa parece cargarse de electricidad de repente. El aire se espesa de deseo.

—¿Les traigo algún postre? —pregunta la camarera mientras retira nuestros platos.

—No —dice Logan con sus ojos ardientes clavados en los míos, con voz baja y ronca—. Vamos a tomar el postre en mi casa. La cuenta, por favor.

Trago saliva con dificultad mientras ella me deja a solas con este hombre alfa que es demasiado sexi.

Un escalofrío recorre mi cuerpo estremecido. No sé qué postre tiene planeado comer en casa, pero no me sorprendería que fuera yo.

Paga rápidamente y luego se levanta, ofreciéndome la mano.

Podría irme ahora. Podría salir huyendo y no mirar atrás.

¿Pero qué diversión tendría eso?

Tomo su mano grande y fuerte y me levanto.

Fuera, me atrae con fuerza contra su costado, con el brazo alrededor de mi cintura como si ya fuera suya. Como si no fuera a dejarme ir. Como si mi oportunidad de escapar hubiera pasado hacía tiempo. Ahora soy suya.

No hablamos. No hace falta.

Nuestros ojos lo dicen todo: ardiente, hambriento, inevitable.

Él abre la puerta del coche y yo me deslizo dentro con el corazón desbocado.

Porque sé exactamente a dónde vamos.

Sé exactamente lo que estamos a punto de hacer.

Y nunca he deseado nada tanto como esto.

CAPÍTULO NUEVE

Amber

Ni siquiera damos dos pasos dentro del ático de Logan antes de que nuestras bocas vuelvan a sellarse la una con la otra, besándonos con fuerza mientras él me empuja contra la pared.

Gimo contra su lengua mientras agarro su enorme bíceps, aferrándome como si me fuera la vida en ello.

Sus manos están en todas partes, como si no pudiera evitarlo: apretando mi cintura, deslizándose hacia abajo para acariciar mi culo, enroscándose en mi nuca como si fuera su dueña. Suelto un gemido en su boca y él gruñe, de forma profunda y ronca, enviándome un escalofrío hasta la punta de los pies.

Es todo calor, músculo y necesidad. Cada centímetro de él está duro: su pecho, sus brazos, su firme y gruesa polla presionando contra mi estómago como si intentara desesperadamente encontrar la forma de llegar a mí a través de todas estas capas de ropa.

No tengo suficiente con nada de esto.

De su boca ardiente, de sus manos poderosas, de la forma sensual en que gruñe cuando le tiro del pelo.

De la forma en que me besa, como si estuviera famélico de esto. Famélico de *mí*.

Está jodidamente bueno.

Nunca me han besado así. Nunca he sentido este nivel de pasión. Es como si yo fuera una droga por la que él ha estado ansiando y por fin estuviera recibiendo su primera dosis real.

Cuando muevo mis caderas contra él y siento lo duro que está, se aparta con una maldición entre dientes.

—Espera —murmura, respirando con dificultad mientras da un paso atrás.

Me quedo allí parada, aturdida, nerviosa y a unos dos segundos de entrar en combustión mientras él se apresura hacia la chimenea y la enciende. Un resplandor naranja lo ilumina y, si pensaba que el señor Logan Strickland no podía ser más sexy, estaba totalmente equivocada.

Me apoyo en la pared, intentando recuperar el aliento con los muslos apretados porque mi centro está palpitando. Está *vibrando*. Todo ahí abajo *agoniza* por él.

Corre hacia el panel de control de la pared y pulsa otros cuantos botones. Las luces se encienden: un resplandor dorado, suave y sexy.

Oh.

Vale.

Esto es mucho mejor. Cuando estás con un hombre tan sexy como Logan, quieres ver con qué estás trabajando. Quieres admirar cada detalle.

Aparto la mirada de él para recorrer rápidamente la habitación. Estoy en la guarida del dragón y quiero asimilarlo todo. He sentido mucha curiosidad por saberlo todo sobre este hombre misterioso y me preguntaba cómo sería su casa. Es incluso más lujosa de lo que imaginaba.

Es espectacular… y tan *él*.

Unos ventanales enormes dan al perfil de la ciudad, con luces brillantes que se extienden durante kilómetros. Los muebles son oscuros y elegantes, pero cómodos, como algo sacado de la fantasía del piso de un soltero multimillonario. La chimenea chisporrotea suavemente bajo un cuadro abstracto gigante, y la cocina —*madre mía*— es más bonita que cualquier cocina que haya visto en esos vídeos de visitas a mansiones de famosos o en revistas de lujo.

Nevera Sub-Zero, horno de aspecto retro y moderno, encimeras de cuarzo y una vinoteca a juego integrada en la pared que debe de tener al menos doscientas botellas.

Esto no se parece en nada a mi minúsculo piso de vuelta a casa, con las plantas descuidadas, las baldosas de la cocina agrietadas y los armarios que chirrían.

Pero, de alguna manera, ya lo siento como mi hogar.

Puedo imaginarme aquí.

Despertando con estas vistas. Cocinando en esa cocina. Acurrucada en ese enorme sofá con cierto CEO gruñón envolviéndome como una manta pesada.

No me importaría en absoluto. Mi cuerpo palpita con más fuerza ante la idea.

Echaría de menos a los gatos callejeros que vienen a visitarme, pero algo me dice que Logan Strickland estaría perfectamente feliz acurrucándose en su lugar... y bufando a cualquiera que se acercara demasiado.

Con la habitación lista para el amor, mi hombre platónico se gira y me destroza con la mirada más ardiente del mundo.

Trago saliva con dificultad mientras él se acerca con paso firme, tan fluido y elegante como una pantera al acecho. Dios, este hombre me va a devorar entera, y voy a disfrutar cada segundo.

Se ve tan bien. *Demasiado* bien. Las mangas de su camisa negra están remangadas, flexionando los antebrazos. El pelo alborotado. Los ojos ardientes como el pecado. Parece un hombre que está a dos segundos de inmovilizarme contra la superficie más cercana y arruinarme la vida para siempre.

Sí, por favor. Estoy totalmente a favor de *eso*.

Estoy dispuesta a lo que sea que esos ojos oscuros y ardientes tengan planeado…

—He estado deseando hacer esto desde el segundo en que te vi —dice con esa voz baja y grave que me debilita las rodillas—. Entraste en mi despacho y pusiste todo mi maldito mundo patas arriba.

Me muerdo el labio mientras el corazón me late con fuerza. —Yo también lo quiero. Te quiero a ti.

Su boca choca contra la mía y me derrito contra él, rodeando su cuello con los brazos, recorriendo con mis manos sus anchos hombros. Sus manos necesitadas y posesivas agarran mi cintura, luego mis costillas, y después se deslizan lentamente hacia arriba para acariciar mis pechos sobre mi vestido de verano.

Gimo cuando sus pulgares rozan mis pezones a través de la tela. Estoy tan sensible, tan lista para él. Hormiguean como nunca antes.

Me baja un tirante. Luego el otro.

Gimo mientras mi vestido cae hasta mi cintura. Él observa detenidamente mis pechos que asoman por mi sujetador y luego se inclina para poner su boca sobre mí. Echo la cabeza hacia atrás cuando siento sus labios calientes besando mi clavícula y mi hombro, haciendo que todo mi cuerpo se ilumine como fuegos artificiales.

Me desabrocha el sujetador y se lo quita lentamente mientras hundo de nuevo mis manos en su pelo, manteniendo su boca contra mi piel ardiente.

Mis pechos quedan libres y él gruñe —gruñe de verdad— mientras los toma entre sus grandes manos.

—Tan jodidamente perfectos —murmura mientras los contempla. Me pregunto si podrá ver mi corazón tronando en mi pecho. Late como nunca antes.

—*Oh* —jadeo cuando su boca caliente se cierra sobre un pezón, succionando y lamiendo mientras acaricia mi otro pecho. Mi cabeza cae hacia atrás con un gemido, mis dedos se cierran en puños tirando de su espeso pelo.

Joder, me encanta Nueva York.

Pasa al otro pecho y yo arqueo la espalda, empujando mis pechos contra su boca caliente y perfecta y su lengua maravillosa.

Deslizo mi mano hormigueante hacia abajo, necesitando tocarlo, *sentirlo*. Quiero saber si está tan excitado como yo. En el momento en que toco la larga y gruesa polla que se tensa en sus pantalones, él gime, y así de fácil, tengo mi respuesta.

Añado algo de presión, empujando contra su erección con la palma de la mano y él suelta un siseo contra mi pecho desnudo, como si la intensidad fuera excesiva.

No estoy segura de si lo estoy haciendo bien, así que retiro la mano.

—*No* —gruñe, agarrando mi muñeca con fuerza. Vuelve a poner mi mano justo sobre su polla—. *Por favor*, no pares.

Sonreiría si no estuviera tan excitada mientras empiezo a acariciarlo por encima de los pantalones, preguntándome si es tan grande y larga como parece, y preguntándome cómo es posible que lo sea.

Gime directamente sobre mi pecho desnudo, su aliento caliente tentando mi pezón endurecido. Ahora *yo* he hecho temblar a este hombre. *Yo* estoy haciendo que a *él* le flaqueen las rodillas.

Con la boca haciéndoseme agua, bajo la mirada.

Quiero verlo.

Quiero *probarlo*.

Me pongo de rodillas, con el corazón acelerado y las manos trabajando en su cinturón.

—Maldita sea —sisea, echando la cabeza hacia atrás mientras se agarra un mechón de pelo.

Sus ojos bajan rápidamente de nuevo mientras le quito el cinturón y le bajo la cremallera, como si no quisiera perderse ni un segundo del espectáculo erótico que estoy a punto de ofrecerle.

No puedo creer que esto esté pasando. No puedo creer que vaya a hacer esto.

Pero sin dudarlo, le bajo los pantalones y meto la mano en sus bóxers, envolviendo con mi mano ansiosa su polla grande y gruesa.

Sisea cuando la saco.

—*Vaya* —susurro cuando salta frente a mi cara.

Con la lengua ansiosa por probarlo, lo sostengo en mi mano para admirar cada larga y poderosa pulgada.

Está tan duro. Tan hermoso. Esta polla es impresionante.

Literalmente.

Me falta el aire mientras la miro con asombro.

Es enorme. *Tan* enorme.

Larga, venosa y lo suficientemente gruesa como para que mis dedos no lleguen a tocarse al rodearla. Y la cabeza —Dios, esa

cabeza preciosa— está hinchada y húmeda, teñida de un tono rosado intenso que hace que algo revolotee en lo bajo de mi vientre.

Una gota de líquido preseminal se acumula en la punta, luego se derrama, deslizándose por el borde y quedando atrapada en una de las venas gruesas y elevadas que recorren el tronco. Otra gota le sigue, goteando caliente sobre mis nudillos.

Es magnífico. Cada centímetro de él.

Sus grandes pelotas masculinas cuelgan debajo, tensas y llenas, balanceándose con cada respiración pesada que da, como si estuvieran a segundos de liberar todo ese calor. Para *mí*. *Dentro* de mí.

Me estremezco ante la tentadora idea.

Está tan duro que parece doloroso. Tan grueso que hace que se me haga la boca agua. Tan perfecto que lo siento hasta en los dedos de los pies.

Y la forma en que me mira —como si yo fuera su próximo aliento, como si yo fuera la razón de que esté así de tenso— hace que me duela todo el cuerpo.

—Joder, Amber —suelta entre dientes, con la voz ronca mientras su espalda choca contra la pared—. Vas a acabar conmigo, chica.

Aprieto la mano y empiezo a masturbarlo —una vez, dos— observando cómo se tensa su sexy mandíbula. Tres veces, y luego me inclino hacia adelante y lamo una gota de líquido preseminal de la punta.

Todo su cuerpo se estremece.

—Eres tan grande —susurro—. Tan caliente…

—Eres la cosa más jodidamente sexy que he visto en mi vida —gruñe él.

—¿Puedes quitarte la camisa? —gimo. Quiero ver su pecho, sus abdominales y esos brazos deliciosos. He estado soñando con ese torso durante *días*.

No lo duda. Desabrocha dos botones, pero tarda demasiado, así que simplemente desgarra la camisa, enviando el resto de los botones volando por el pasillo.

Cojo aire con fuerza cuando veo sus abdominales perfectamente esculpidos frente a mí. Ese pecho macizo… Esos hombros… Esos

brazos… Joder, no sé a dónde mirar.

Deslizo mi mano por sus abdominales, sintiendo los profundos surcos en mi palma y en la punta de mis dedos hormigueantes hasta que él cierra los ojos con fuerza y gime como si le causara dolor que me distraiga de la tarea que tengo entre manos. Me doy cuenta de que necesita correrse tanto como yo, así que vuelvo a centrar toda mi atención en su gran polla palpitante.

Y lentamente la meto en mi boca.

Ambos gemimos cuando lo deslizo entre mis labios, su grosor estira mi mandíbula hasta el punto de que me duele. Pero lucho contra el dolor, por él, por mí, y porque no podría parar aunque lo intentara.

Todo es *tan* bueno. Tan erótico.

El sabor. El calor. El peso de él sobre mi lengua… es demasiado. Gimo alrededor de él mientras empiezo a mover la boca adelante y atrás, lamiendo y succionando, explorando cada centímetro.

Él me observa con esa mirada desesperada brillando en sus ojos sexis. Rebosan de un hambre oscura y posesiva que dice que ahora le pertenezco. Estoy totalmente de acuerdo.

—No tienes idea de lo que me haces —gime, agarrando mi pelo pero no lo suficiente como para hacerme daño. Solo lo suficiente para hacerme saber que soy *suya*—. Me tienes enganchado, chica. Estoy un poco obsesionado contigo.

Solo un poco… creo que puedo ponerle remedio a eso.

Después de esto, estará cien por cien, completamente obsesionado. Justo como yo quiero. Justo como estoy yo con él.

Empiezo a trabajar con mi boca arriba y abajo por su miembro, usando mi lengua para cubrir cada centímetro duro. Voy despacio al principio, tratando de pillarle el truco, dejando que sus sonidos guturales me guíen: esos gemidos profundos y rotos, los siseos agudos de su respiración, los gruñidos dominantes.

Y los susurros desesperados de mi nombre. Eso es lo que más me gusta. Oírle decir *«Amber»* como si estuviera haciendo que perdiera el control.

Mi coño palpita mientras lo introduzco más profundamente, sus muslos musculosos tensándose bajo mis manos.

Quiero que se corra. Quiero sentir cómo pierde el control por *mí*.

Quiero *probarlo*. *Todo* él.

Cuando está cerca, acaricio y succiono y hago todo lo que puedo para empujarlo al límite.

—Joder, Amber —sisea entre dientes cuando está a punto de estallar.

Su agarre en mi pelo se tensa mientras echa la cabeza hacia atrás, empuja sus caderas y suelta el gruñido más sexy que he oído nunca. Mi coño vibra mientras se corre en mi boca, llenándola con su semen caliente y delicioso.

Gimo mientras me lo trago, sintiendo el calor calentando mi pecho mientras lo mantengo en mi boca tanto tiempo como me permite.

Pero antes de que pueda recuperar el aliento, me pone en pie como un loco, levantándome como si no pesara nada. Ni siquiera sé qué está pasando mientras me lleva a través de la habitación y me deja caer sobre el sofá.

Oh. Esto.

Se pone de rodillas frente a mí mientras me agarra las rodillas y me abre las piernas.

Mi coño palpita cuando me levanta el vestido, exponiendo mi ropa interior húmeda. Esa mirada en sus ojos… maldita sea, podría correrme solo con eso.

—*Oh* —jadeo cuando se inclina y besa mi coño por encima de las bragas. Envía un escalofrío que me hace temblar todo el cuerpo.

—Eres mía —gruñe, mirándome mientras agarra mis bragas por ambos lados de mis caderas.

—Lo sé —gimo—. Siempre lo he sido.

Me arranca las bragas y las tira a un lado, abriéndome como si fuera un regalo.

Se me corta la respiración mientras lo veo mirar mi zona más íntima por primera vez.

La lujuria llena sus ojos oscuros y sexis. Pero no es solo lujuria. Es asombro. Es reverencia. Es una *necesidad* densa e inquebrantable.

Siempre pensé que sería tímida cuando un hombre por fin me mirara así, pero no lo soy. Estoy excitada. *Tan* excitada. Quiero que mire. Quiero que vea.

Se pasa la mano por la cara, mirando mi coño desnudo como si nunca hubiera visto nada tan íntimo. Tan perfecto. Tan *suyo*.

Entonces baja la boca…

Y yo me rompo en pedazos.

—¡*Joder!* —grito, agarrándole el pelo, con los muslos bloqueados alrededor de su cabeza, mientras su boca caliente y perfecta me toca ahí abajo por primera vez.

Es pura gloria. Es estremecedor. Es absorbente.

Contengo el aliento al sentir su lengua caliente deslizándose arriba y abajo por mí, *dentro* de mí, sobre mí. Mis piernas empiezan a temblar. Suplico por más.

Su lengua me lleva más y más alto hasta que no queda otro lugar a donde ir más que hacia abajo.

—*Logan* —grito mientras me lleva a nuevas alturas que nunca supe que fueran posibles—. ¡*Joder!*

Él no para. No responde.

Solo sigue lamiendo y succionando y devorándome entera.

CAPÍTULO DIEZ

Logan

Este coño es *divino*. No he probado nada tan adictivo en toda mi vida.

Amber tiene las piernas enganchadas sobre mis hombros mientras tengo la cara hundida entre sus muslos suaves y temblorosos. Estoy *devorando* su coño como si fuera lo único que hubiera deseado jamás.

Y, ahora mismo, lo es.

Mi chica sexy gimotea, con los dedos clavados en los cojines del sofá mientras sus caderas se agitan y se arquean contra mi boca. Le lamo el clítoris, rodeándolo con la lengua antes de succionarlo solo para sentir su sacudida.

—*Logan* —jadea, con la voz ya quebrada—. No puedo... Es tan... *Jodeeeer*.

Sonrío entre lametón y lametón, adorando cómo la estoy volviendo tan loca como ella me ha vuelto a mí.

Pero la sonrisa desaparece rápidamente y vuelvo a centrarme en ella, separando sus suaves labios húmedos y lamiendo el interior rosado.

Ahora es mía. Esa vocecita desesperada. Este coño estrecho y virgen. Todo es *mío*, joder.

No voy a dejar marchar a esta chica nunca. Si se va de mi ciudad, más vale que crea que voy a seguirla. Renunciaré a mi empresa, renunciaré a mi casa, renunciaré a toda mi maldita vida por ella. Lo dejaré todo solo para poder hacer esto cada una de las noches.

Empieza a darme un espectáculo, jugando con sus tetas desnudas, apretándolas y masajeándolas mientras yo saboreo su calor húmedo. Esta chica me ha prendido fuego al alma. La tengo dura como una puta piedra.

Gimo al inclinarme hacia atrás para admirar la perfección entre sus piernas una vez más. Estrecho y reluciente, su coño es lo más bonito que he visto en mi vida. Está rosado, hinchado y empapado por mi boca. Parece hecho para ser follado. Hecho para recibir cada gruesa pulgada que tengo para ella.

Tengo toda la mandíbula mojada con su miel y su delicioso sabor en mi lengua hace que mi obsesión crezca más profundamente. Puedo oler su excitación con cada respiración profunda que tomo. No creo que pudiera vivir sin ella. Ya no. No sé cómo he sobrevivido tanto tiempo sin esta belleza en mi vida.

Esos sexis ojos color avellana me observan mientras juega con sus tetas; su mirada lujuriosa recorre mis hombros y brazos, bajando hasta mi polla.

Su vestido playero blanco está amontonado alrededor de su cintura, con sus tetas subiendo y bajando con cada jadeo. Tiene los pezones rígidos, el pecho sonrojado y los labios entreabiertos y brillantes por nuestro último beso. Es la viva imagen de la inocencia arruinada.

Y no estoy ni de lejos cerca de terminar. Dormirá durante una semana cuando acabe de darle placer.

Alargo la mano y agarro su vestido de girasoles, tirando de él por encima de su cabeza y lanzándolo a un lado.

Ahora está completamente desnuda en mi sofá, brillando a la luz del fuego como una diosa.

Es tan malditamente hermosa que duele.

Y es mía.

Todavía no puedo creer ese hecho asombroso. Solo yo puedo experimentarla así. Solo yo puedo tocarla, besarla y saborearla. Solo yo. Para siempre.

Nadie más.

Nadie más verá a este ángel en carne y hueso con un aspecto tan pecaminosamente sexi. Nadie más que yo la tocará jamás ahí. Nadie probará nunca esta suculenta dulzura entre sus piernas. Nadie la hará gritar nunca ni hará que se desmorone.

Solo seré yo, siempre.

Y no podría estar más agradecido. De que haya esperado, de que se esté entregando a mí, de que confíe en mí lo suficiente como para dejarme tomar el control.

Vuelvo a bajar la cabeza y le beso el clítoris, lenta y suavemente. Ella gime y empieza a mover las caderas mientras yo paso la lengua en una caricia larga y provocadora por toda la longitud de sus pliegues empapados, aplanando mi lengua contra su coño y gruñendo como un hombre poseído.

Porque lo estoy.

Remolineo alrededor de su entrada, tentando su estrecho agujerito virgen, dando toques con la lengua y succionando hasta que todo su cuerpo empieza a temblar.

—Logan... *oh, joder*... voy a—.

Sello mi boca sobre su clítoris y succiono con fuerza, justo cuando deslizo un dedo en su calor lubricado. Grita y se arquea separándose del sofá, con los muslos apretándose alrededor de mi cabeza.

Se corre como un ángel: de forma ruidosa, desenfrenada, temblando y gritando mi nombre como si fuera la única palabra que ha conocido.

Lamo hasta la última gota que su coño me ofrece, observándola y memorizando cada detalle impresionante.

Después de que el éxtasis ardiente termine de viajar por su cuerpo, la levanto en mis brazos protectores y la acuno contra mi pecho. Tiene los ojos vidriosos por la lujuria y sigue temblando y aturdida, sin saber qué acaba de pasar.

La mantengo cerca mientras me quito los pantalones de un empujón de los tobillos y luego la llevo al dormitorio. Ella rodea mi cuello con los brazos y esconde la cara en mi yugular. Sus suaves gemidos bañan mi piel acalorada.

Estoy enamorado.

No quiero que se vaya nunca de mi casa. Quiero que se mude conmigo. Quiero despertarme con su hermoso rostro dormido y volver a casa del trabajo para encontrarme con su deslumbrante sonrisa.

Quiero decirle todo eso, pero ahora no es el momento. Tengo un trabajo que terminar.

La recuesto en mi cama de tamaño king, le echo una larga mirada y luego cojo el mando de la chimenea. Con un clic, las llamas cobran vida, bañando su cuerpo desnudo con una luz dorada.

Abre las piernas para mí. Sin dudarlo. Sin miedo. Solo confianza. Solo deseo.

Es lo más hermoso que he visto jamás.

Su precioso cabello está extendido sobre mis almohadas. Tiene los labios entreabiertos e hinchados por mis bruscos besos. Sus magníficos pechos suben y bajan con cada respiración rápida que toma. Sus muslos están resbaladizos, su coño reluce y sus piernas todavía tienen espasmos por el intenso orgasmo con el que la he sacudido.

Y sus ojos... Dios, sus ojos... Están clavados en mí como si yo lo fuera todo.

Agarro mi polla tiesa y la acaricio mientras me subo a la cama entre sus piernas, sobrevolando por encima de ella.

Se aferra a mí mientras acerco mi cabeza a su estrecha entrada virgen.

Ya está aquí. Su primera vez.

Nunca olvidaré esto. Nunca lo daré por sentado.

Empujo la gruesa cabeza de mi polla en su abertura y aprieto los dientes mientras su calor virgen me atrapa.

Está tan estrecha. Tan cálida. Tan *perfecta*.

Sus dedos se clavan en mis brazos mientras añado algo de presión, empujando lentamente, pulgada a pulgada, tomándola,

reclamándola.

—Respira, pequeña —le susurro mientras le froto el clítoris con el pulgar—. Lo estás haciendo muy bien.

Me atrae hacia abajo, respira en mi cuello y se aferra a mis hombros mientras me hundo más *profundo*. Su coño *aprieta* cada pulgada de mí mientras lucho por no perder el control. Tengo que ir despacio y con paso firme, sin importar lo rápido que quiera poseerla. Al fin y al cabo, es su primera vez. Tengo que ser delicado.

Su coño es tan estrecho como un puto guante. Su agarre sobre mí hace que mi pulso se acelere.

Gimotea mientras empujo hasta el fondo, enterrado hasta la empuñadura, con mi pelvis presionada contra su pequeño clítoris turgente.

Podría quedarme así para siempre. Puede que nunca abandone este lugar cálido y perfecto.

—Logan —susurra con la voz temblorosa—. Te siento tan bien. *Grande*, pero bien.

Presiono mi frente contra la suya y luego aplasto mi boca contra sus labios. Se contiene cuando mi lengua se desliza adentro, y luego gime, fundiéndose en el beso como si estuviera hambrienta de él.

—Eres mía —gruño sobre su boca abierta—. Este cuerpo. Este coño. Es mío para siempre.

Se estremece bajo mi cuerpo, rodeando mi cintura con las piernas.

—Muéstrame lo que has querido hacerme —susurra—. Estoy lista.

Salgo lentamente y vuelvo a deslizarme dentro; su estrecho y pequeño coño se contrae a mi alrededor. Se siente tan malditamente bien. No puedo concentrarme en nada más.

Mantengo mis embestidas lentas al principio, pero no pasa mucho tiempo antes de que aumente el ritmo, incrementando la velocidad y la potencia hasta que le doy estocadas profundas y constantes con mi polla. Le gusta. Me doy cuenta por la forma en que empuja sus caderas contra mí, recibiendo cada golpe duro. Sus uñas se clavan en mi espalda. Sus gemidos me dan escalofríos.

—*Sí* —jadea mientras la follo más fuerte y más rápido—. *Oh, sí...*

Le beso el cuello, los pechos, la mandíbula... cualquier sitio que pueda alcanzar. Hundo mis manos en su pelo sexi y le susurro guarradas al oído.

—Tu estrecho coñito está hecho para mi polla —gruño—. Estás empapada como si llevaras toda la vida esperando esta polla grande.

Cuando sus gemidos empiezan a ser más fuertes, le subo las piernas a mis hombros y la follo aún más profundo, golpeando puntos sensibles que la hacen gritar.

Jadea cuando mi polla golpea su punto G, con las uñas clavándose en mis hombros.

—*Sí* —grita—. Ahí *mismo*. Ahí *mismo*.

Le agarro los muslos y la veo recibirlo, con todo su cuerpo hundiéndose en la cama por mi peso. El cabecero empieza a golpear la pared con el ritmo despiadado de mis caderas, pero no me importa. A este paso, podríamos atravesar el pladur y romper la habitación de al lado.

Bajo la mirada hacia donde estamos conectados, viendo mi gran polla hundiéndose y saliendo de su caliente coñito. Mi miembro está cubierto de su flujo virgen. No puedo apartar la vista.

Hasta que el pensamiento me golpea...

Préñala.

Quiero llenar su vientre con mi semilla. Quiero hacerla mía en *todos* los sentidos.

Veo sus tetas botar con cada embestida, siento su coño ordeñando mi polla, y el impulso primario se apodera de mí. Necesito preñar a este dulce ángel.

Grita de frustración cuando de repente salgo de su coño y le doy la vuelta. Le levanto las caderas y vuelvo a hundirme rápidamente en ella desde atrás.

Grita contra la almohada y empuja hacia atrás, aceptando todo lo que le doy como si hubiera nacido para recibir mi enorme polla.

—*Joder, nena* —siseo entre dientes mientras arremeto contra ella rápido y fuerte—. ¿De quién es este coño?

—*Tuyo* —clama, salvaje y sin aliento—. Todo tuyo, Logan. Siempre ha sido tuyo.

—Malditamente cierto que sí.

Le agarro el culo perfecto y la follo fuerte y profundo mientras me quedo mirando su estrecho ojete. Se ve tan jodidamente tentador.

Agarra un puñado de sábanas y grita, con la mejilla en el colchón, la boca abierta y los ojos apretados. Mi chica está a punto de correrse. Puedo sentirla lista para estallar.

—Hazlo —gruño mientras la follo más rápido y más fuerte, hundiendo mi polla tiesa dentro y fuera de su estrecho coñito a un ritmo furioso—. Córrete para mí, nena. Córrete en mi polla.

Estalla.

La ciudad entera podría oír ese grito mientras se corre sobre la polla de un hombre por primera vez. Su coño me aprieta como un puño, húmedo, salvaje y palpitante, intentando que yo también me corra.

Se siente tan bien que no puedo contenerme.

Le agarro el culo —con demasiada fuerza—, arremeto profundamente y me descargo dentro de ella, soltando cada gota de semen caliente que he acumulado para ella. Su coño virgen me aprieta y me ordeña mientras recibe cada pulso caliente de mi polla.

—*Oh, Logan* —gime.

Mi cuerpo tiembla mientras mi polla palpita una última vez dentro de ella, transfiriendo cada gota de semilla a su fértil vientre.

Se desploma sobre las almohadas y yo me desplomo a su lado.

Durante un momento, solo se oye el sonido de nuestra respiración: entrecortada, inestable y completamente agotada. Tiene la piel sonrojada, brillando a la luz del fuego, y sus ojos se cierran levemente como si se estuviera dejando llevar a algún lugar entre los sueños y la dicha.

Deslizo mi brazo bajo su cuerpo y la atraigo contra mi pecho. Se acurruca contra mí como si perteneciera a este lugar. Como si siempre hubiera sido así.

Le acaricio la espalda, lenta y suavemente, poniéndonos a ambos los pies en la tierra.

—Te tengo —le susurro al oído—. Siempre te tendré.

Su mano se desliza por mi brazo y puedo sentirla sonreír contra mi pecho.

—Lo sé.

Esto no ha sido solo sexo. Ha sido lo más alejado imaginable de un lío ocasional.

Lo ha sido *todo*. Han sido dos almas gemelas expresando su amor.

Le doy un beso en la sien, dejando que la gratitud y el amor se hinchen en cada centímetro de mi cuerpo.

Ella me ha salvado. Me ha abierto los ojos.

Lo ha cambiado todo.

Y por todo eso, nunca la voy a dejar marchar.

CAPÍTULO ONCE

Amber

—Munchies —susurro mientras me acuclillo junto a la isla de la cocina como si estuviera negociando con un diminuto y peludo terrorista—. Por favor, colega. Solo un bocado más. Es imposible que hayas notado el sabor de la pastilla que he machacado ahí dentro. Eres un dramático.

Me mira fijamente como si acabara de intentar envenenarlo; lo cual, supongo que desde su perspectiva, es exactamente lo que he hecho. Su cara chata y aplastada es pura frialdad.

«No me puedes engañar, humana estúpida», imagino que dice.

Suspiro y me dejo caer sobre el suelo de baldosas, sosteniendo todavía el plato de paté de pato orgánico mezclado con una minúscula y casi imperceptible pizca de medicación para el tiroides. Willow me dio un folleto entero de instrucciones sobre cómo medicar a esta reina del drama. Ninguna está funcionando. Intento insistirle con suavidad y Munchies responde dejándose caer dramáticamente de espaldas a mi lado. Menuda diva.

Han pasado seis días desde que llegué, y Logan y yo nos hemos vuelto inseparables. Si no estoy yo en su cama, él está en la mía. Si no voy en el asiento del copiloto de su rápido coche italiano, estoy encima de él en su sofá mientras suena una película de fondo.

Todavía no hemos conseguido llegar al final de ninguna. Su boca, sus manos y su gran y firme polla son mucho más entretenidas que cualquier cosa que Hollywood pueda ofrecer.

Va a venir a cenar esta noche después del trabajo, razón por la cual estoy sudando ahora mismo en la intimidante cocina de Willow. Es digna de un chef pero, por desgracia, esta noche solo me tiene a mí. Me estoy esforzando mucho por no estropear una olla de espaguetis.

—Puedo hacerlo —me susurro a mí misma mientras observo las vigas de madera que recorren el techo.

Munchies me mira frunciendo el ceño como diciendo: *«No, no puedes. De verdad que no puedes»*.

Solo son tres ingredientes y agua hirviendo. Pero no he colado la pasta lo suficientemente rápido y tiene un aspecto un poco pastoso. Además, la salsa huele ácida de una forma que me pone nerviosa.

—Oye —digo, volviéndome hacia el gato—. ¿Te vas a tomar la pastilla o qué?

Mueve la cola como si le ofendiera personalmente que siga hablando del tema.

—Vale, lo que quieras —digo mientras me levanto y vuelvo a mirar la monstruosidad pegajosa de la olla, haciendo una mueca porque, de algún modo, parece estar aún peor—. Deja que te explote el tiroides. A mí qué me cuentas.

Munchies se levanta lentamente como si le estuviera haciendo un favor al mundo y luego empieza a comerse su paté de pato orgánico mientras yo observo, conteniendo el aliento.

—*¡Sí!* —susurro cuando por fin se traga la pastilla. Debe de notar el amargor, porque me mira como si lo hubiera traicionado.

—No te enfades conmigo —digo mientras me lavo las manos y me las seco con un trapo de cocina—. Yo no soy la que te ha estropeado el tiroides.

Mi móvil suena y lo cojo tan rápido como me es humanamente posible, esperando ver el nombre de Logan en la pantalla.

Es de Amir. El conductor de Uber del que me hice amiga cuando llegué a Nueva York.

«Oooooh».

¡Yusuf quiere saludar!

Adjunta viene una foto adorable de un bebé envuelto con cariño en una manta azul.

Algo cambia dentro de mí mientras observo al precioso bebé.

Me doy cuenta de que quiero eso.

Y por primera vez en mi vida, realmente creo que puedo tenerlo.

Una familia. Una de verdad.

Con una presencia estable como la de Logan en mi vida, creo que puedo lograrlo. Puedo hacer cualquier cosa.

Me apoyo en la encimera, imaginando que tengo un bebé propio, y una sonrisa se extiende por mi rostro. Se me humedecen los ojos.

Logan no deja de pedirme que me quede. No para de decirme que no puede vivir sin mí.

Y empiezo a preguntarme… ¿puedo vivir yo sin él?

Intento imaginarme volviendo a Vermont y no puedo. Ya no me parece mi hogar. La vida que disfrutaba antes parece de hace una eternidad. Se siente sombría, aburrida y… gris.

No puedo creer que fuera feliz con esa vida. Ahora me parece tan pequeña.

Logan lo ha cambiado todo.

Él es color y calor y *posibilidad*.

Es emoción. Lo es todo.

Le envío un mensaje de felicitación a Amir y, justo después de darle a enviar, mi teléfono vibra de nuevo.

Esta vez es él.

Estaré allí en diez minutos. Me muero por verte.

Sonrío mientras releo el mensaje unas veinte veces.

Ando nerviosa por el apartamento hasta que él entra, luciendo como la perfección masculina en un traje a medida.

A *esto* sí que podría acostumbrarme.

El corazón me late con fuerza mientras camina hacia mí, con su metro ochenta y tantos de pura delicia masculina alfa de hombros anchos en un traje azul marino oscuro. Se ha aflojado la corbata —lo cual siempre me vuelve loca— y lleva el botón superior desabrochado.

Soy incapaz de parpadear mientras se quita la chaqueta, un movimiento que para él resulta natural, pero que para mí es sumamente erótico, y la deja sobre una silla.

Esos ojos oscuros y sexys me encuentran mientras se remanga lentamente las mangas sobre sus gruesos y musculosos antebrazos.

Madre mía.

—Te he echado de menos —esa voz profunda se desliza directamente entre mis muslos y hace que mi coño vibre.

—Te he visto esta mañana —digo, reprimiendo una sonrisa.

—No ha sido suficiente. Nunca tengo suficiente de ti.

Tengo que darme la vuelta hacia el fregadero para que no vea que mis mejillas arden más que mi salsa.

Se acerca por detrás, rodea mi cintura con sus grandes y posesivos brazos y hunde la cara en mi cuello, inhalando mi aroma. Me derrito como un bloque de mantequilla en una sartén caliente.

—*Mmmmm* —tararea antes de asomarse a la olla—. ¿Qué estás cocinando?

Me río. —Un desastre.

—Seguro que estará delicioso.

Es demasiado dulce, pero miente fatal.

—Le echo la culpa a Munchies —digo mientras me giro en sus brazos y alzo la vista hacia esos cariñosos ojos marrones—. Es difícil concentrarse en la cocina cuando hay un gato entre las sombras planeando tu asesinato.

Él se ríe y luego me da lo que he estado deseando todo el día: un beso suave y apasionado. Estoy empapada para cuando esos deliciosos labios se apartan.

Tiro la pasta pastosa al compost y lo intento de nuevo, pero apenas consigo meterla en la olla antes de que empecemos a cocinar algo completamente distinto.

La mano de Logan acaricia mi culo, me apoyo en él y, de repente, los fogones son lo menos importante de esta habitación.

Nos abalanzamos el uno sobre el otro, besándonos y agarrándonos y tirando espátulas y cajas de pasta. Munchies huye de la habitación con un chillido cuando el bote de metal golpea el suelo.

Logan ya me ha quitado la camiseta antes de que me acuerde de apagar el fuego. Alargo la mano y lo apago mientras él me besa el cuello y me masajea los pechos con esas manos grandes y perfectas.

La pasta se va a pasar.

Otra vez.

Qué más da, pediremos algo.

Y hablando de fideos blandos… este fideo *no* lo está.

La polla de Logan está dura como una piedra, presionando contra mi cadera y quitándome el aliento. Se me hace la boca agua mientras me presiono contra ella con más fuerza…

Tanteo para sacársela de los pantalones mientras él está en proceso de sacarme a mí de los míos.

No logramos salir de la cocina.

Ambos nos despojamos de pantalones y camisas, pero no llegamos a quitarnos la ropa interior antes de que me suba a la isla como si no pesara nada. El coño me palpita mientras él se sitúa entre mis muslos abiertos, con esa polla dura como una roca haciendo que sus ajustados bóxers grises parezcan una tienda de campaña. Sus manos están por todas partes. Las mías también.

Nos besamos como si estuviéramos hambrientos el uno del otro. Como si las ocho horas que hemos pasado separados hubieran sido toda una vida de anhelo.

Algo cae al suelo —podría ser una cuchara de madera o una planta entera de albahaca, pero no me detengo a comprobarlo—. No puedo. Esto sienta malditamente bien.

Nuestra ropa interior se une a los utensilios de cocina en el suelo y tenemos sexo salvaje, rápido y *voraz* allí mismo, sobre la encimera de granito.

Hay espaguetis secos derramados por todas partes y albahaca picada en mi pelo al terminar, y nunca en mi vida me he sentido tan completamente devorada y satisfecha.

Él levanta mi cuerpo lánguido de la isla y me abraza en el suelo; ambos jadeamos y brillamos de sudor.

Me besa la sien y me acaricia el pelo mientras la ciudad resplandece tras nosotros.

—No me dejes —dice en voz baja, con la voz ronca por algo más profundo que la lujuria—. Quédate. Por favor, quédate.

Miro sus cariñosos ojos marrones y no veo más que vulnerabilidad y necesidad. Eso hace que me enamore de él un poco más.

Estoy a punto de responder, pero Munchies nos interrumpe. Vuelve pavoneándose con una mirada de completo desdén en su cara plana y peluda.

«Me voy a chivar», parece estar diciendo.

—Munchies, te presento a Logan —digo, presentando a los dos hombres de mi vida.

Munchies se acerca y le da a Logan un rápido manotazo en el brazo, solo para que sepa quién es el jefe de la casa.

Los dos nos reímos mientras la reina del drama se da la vuelta con un bufido y vuelve a alejarse por el pasillo.

Todo parece demasiado bueno para ser verdad mientras la risa profunda de Logan vibra a través de mí.

¿Cómo puedo dejar esto?

¿Cómo puedo decir que no a esto?

Creo que no puedo.

Quizá me quede.

Quizá estar en los brazos cálidos y reconfortantes de este hombre en esta ciudad increíble es donde debo estar.

Desde luego, así se siente.

CAPÍTULO DOCE

Amber

Entro con paso despreocupado en el despacho de Logan, contoneando las caderas de forma seductora mientras retiro una silla frente a su enorme escritorio de caoba. Lo observo sin decir ni una palabra mientras me siento, cruzando las piernas y manteniendo la espalda erguida.

Él levanta la vista de sus papeles y deja escapar un pequeño gemido al ver mis pechos realzados.

—Gracias por recibirme con tan poca antelación, señor Strickland —digo con voz ronca, con las manos entrelazadas con recato sobre el regazo—. Estoy *muy* interesada en ser su nueva secretaria, aunque me conformaré con *cualquier posición* en la que desee ponerme.

Sus oscuros ojos se entrecierran con avidez al mirarme.

—Me gusta trabajar *duro* —añado, lamiéndome los labios con seducción—. De hecho, nada me gustaría más que estar sobre su escritorio mientras me hace trabajar tan duro como pueda.

Él se reclina en su asiento y se cruza de brazos; sus ojos se elevan, oscuros y lentos, mientras recorren mi cuerpo, desnudándome a todas luces.

—¿Y qué cualificaciones aportas para el puesto, señorita Fletcher?

Sonrío mientras mis ojos recorren el sexy traje de Logan.

—Se me da genial el *dictado* —digo, mordisqueándome el labio inferior—. Prefiero trabajar a solas con el jefe y descubrirá que soy *muy buena* recibiendo instrucciones.

—¿Y qué hay de la multitarea? —pregunta con voz grave y carrasposa.

—*Excelente* en ello —respondo, deslizando la mano por mi muslo —. Puedo usar la boca y las manos al mismo tiempo.

—Eso resultará muy útil —dice mientras sus ojos encendidos bajan hacia mis piernas—. Haré que esa boca y esas manos trabajen muy duro.

—Me parece perfecto —digo, meneando los hombros—. ¿Podría recibir una demostración *práctica* de su estilo de liderazgo?

Él sonríe mientras me sostiene la mirada. *Oh, oh*. Conozco esa expresión. Suele terminar conmigo doblada, sudada y gritando su nombre.

Logan se levanta, haciendo rodar su silla hacia atrás mientras rodea el escritorio, con sus ojos ardientes clavados en mí.

Me remuevo en el asiento, con el corazón acelerado mientras lo veo acercarse como un depredador. Intento fingir que no me he quedado completamente sin aliento. —Soy experta en hojas de cálculo, en esparcirme entre las sábanas y en anticiparme a todas y cada una de las necesidades de mi jefe.

—Parece que eres perfecta para trabajar bajo mi mando —dice mientras se detiene justo frente a mí y me toma la mandíbula entre las manos. Dios, me late el corazón con fuerza…

—¿Y qué tal se le da gestionar proyectos *largos*, duros y exigentes?

Lo miro con expresión inocente. —No me importa quedarme hasta tarde para asegurarme de que el jefe quede satisfecho.

Él gime, y su mirada desciende hacia mi boca. —¿Sigue bien las instrucciones?

—Muy bien. —Me inclino hacia delante lo justo para enseñarle algo de escote—. Si dices salta, yo pregunto a qué altura. Si dices

quítate las bragas, yo te digo que no llevo puestas.

Sus labios tiemblan como si estuviera reprimiendo un gruñido.

—¿Y cuál es su mayor debilidad? —pregunta con voz ronca mientras desliza la mano hacia mi nuca y me la enreda en el pelo. Se me pone la piel de gallina.

Me levanto de la silla, recorriendo su corbata roja con la mano mientras lo hago. —Los CEO altos y gruñones. Nunca me canso de ellos.

Él acorta la distancia entre nosotros de un paso, deslizando la mano hacia mi cadera mientras gruñe: —Está contratada.

Sonrío mientras me pongo de puntillas y le susurro contra los labios: —Acepto.

Se me suben los colores e intento hacerme la interesante, pero la verdad es que estoy completamente enamorada de este hombre.

Hemos pasado las últimas dos semanas juntos, sin saltarnos ni un solo día. Su verdadera secretaria, Cassandra, me ha dicho que se ha tomado más tiempo libre en estas dos semanas que en toda la década pasada. Me ha encantado oír eso.

Pero por maravilloso que haya sido, ambos sabemos que se está acabando. Willow y Greg vuelven hoy. De hecho, puede que ya estén en la ciudad ahora mismo.

No hemos hablado realmente de lo que va a pasar a partir de ahora, pero sé que él quiere que me quede.

Ya ha conseguido que Nueva York me parezca mi hogar.

Sus labios están a un suspiro de los míos cuando llaman a la puerta.

—*Joder* —refunfuña mientras me aparto, con las mejillas encendidas y mis partes palpitando—. ¡Lárgate!

Suelto una risita mientras me apresuro hacia la puerta y la abro.

—¡Dios mío! —Es Willow. Está de pie en el umbral con un bronceado reciente, con un aspecto renovado y más descansado de lo que la he visto en mucho tiempo. Lleva un mono de lino muy vaporoso, las gafas de sol sobre la cabeza y una expresión *muy* sobresaltada en el rostro.

Me lanzo sobre ella, rodeándole los hombros con mis brazos.

—¿Qué haces tú aquí? —me susurra al oído—. ¿Estás en una situación con rehenes o algo así?

Me separo un poco y suelto una carcajada mientras la miro. —Nada de eso.

Ella no ha parpadeado ni una vez. Me mira a mí, luego a Logan y luego vuelve a mirarme a mí, sin saber qué pensar. —¿Qué está pasando?

—Logan y yo congeniamos —le digo—. Estamos… saliendo.

Se queda boquiabierta. —No. Me. Digas.

—En realidad es algo más que eso —dice Logan mientras se acerca y me pasa el brazo por la cintura—. Estamos enamorados.

Ella nos mira en un silencio atónito. Intento no reírme ante la mirada enloquecida y confusa de sus ojos.

—Ya puedes cerrar la boca —le susurro.

Cierra la boca, camina hasta la silla y se deja caer en ella, sujetándose la frente. —Espera. ¿Qué? ¿Puede alguien explicarme qué demonios está pasando? ¿Que estáis *saliendo?*

Me siento a su lado, le cojo la mano y se lo cuento todo desde el principio.

—Me voy dos semanas y el mundo entero se pone patas arriba. —Se vuelve hacia Logan, parpadeando—. Pareces… feliz.

—Me alegro de verte, Willow —dice él—. Se te ve muy relajada. Te sienta bien.

—Gracias —dice ella, claramente suspicaz—. Hawái ha sido increíble.

—Me alegro de que lo hayas pasado bien —dice él—. Deberías tomarte al menos unas vacaciones al año. De hecho, a partir de ahora, las voy a hacer obligatorias.

Ella me mira con ojos entrecerrados y preocupados. —¿Qué le has hecho? —me pregunta en voz baja.

—Le sonreí una vez —susurro—. No se ha recuperado.

Willow sacude la cabeza como si estuviera en algún tipo de sueño febril de comedia romántica. —Vale, bueno… ¿Qué más me he perdido? ¿Ha muerto oficialmente VANTAGE?

—No —dice Logan, apoyándose en su escritorio—. He encontrado una solución.

Willow y yo decimos lo mismo al mismo tiempo: —¿Ah, sí?

Él dirige su atención hacia mí. —Tú me diste la idea.

—¿Yo?

—¿Ella?

Él asiente. —Eva no es el problema. Solo necesita ser menos robótica. Más humana. Más… divertida.

Willow entrecierra los ojos. —¿Y qué? ¿Quieres hacerle un cambio de imagen?

—Quiero que Amber sea su voz —dice él—. Su personalidad. Su todo.

Me quedo helada. —Espera, ¿va en serio?

Él asiente. Vaya, supongo que me fue mejor en mi entrevista falsa de lo que pensaba…

Willow estudia mi rostro mientras los engranajes de su mente giran. —Eso es… en realidad… una buena idea. Puedo verlo.

—¿De verdad? —digo, asombrada de poder contribuir realmente a esta empresa gigante y complicada de una manera significativa.

—Creo que funcionará —dice ella—. Tendré que preguntarle a Greg si ella puede quedarse con nosotros.

—Se quedará conmigo —dice Logan, como si no fuera algo discutible.

Willow me mira como si todavía no pudiera creérselo.

Pero yo sí puedo.

Logan y yo estamos destinados a estar juntos.

Encajamos a la perfección.

No voy a volver a Vermont. No por ahora, al menos. No sin él.

Me quedo aquí mismo mientras este CEO guapo, sexy y gruñón quiera tenerme.

EPÍLOGO

Logan

Veinticinco años después…

Hace un tiempo perfecto para un fin de semana en familia.

No hay ni una nube en el cielo ni una gota de lluvia en el pronóstico. Los patos se deslizan por el lago, siguiendo a los dos piragüistas que pasan remando. Me encanta Vermont. Se siente como mi hogar de una manera que Nueva York nunca consiguió.

Termino de ajustar la guirnalda de luces sobre el patio trasero, asegurándome de que la última bombilla esté bien sujeta. A Amber le encantan. Dice que hacen que el jardín parezca mágico. Siempre ha tenido razón con esos pequeños toques que hacen que una casa se sienta como un hogar, o que un momento se sienta eterno.

Ella está dentro, tarareando al ritmo de la lista de reproducción de clásicos que tiene puesta desde esta mañana, probablemente cortando fruta siguiendo algún patrón digno de Pinterest. Puedo oír su canto desafinado filtrándose a través de la puerta mosquitera y me hace sonreír. Siempre lo hace.

Después de dos décadas y media, sigue siendo la chica de mis sueños.

La quiero más de lo que jamás pensé que un hombre pudiera querer nada.

Y todavía no puedo creer que sea mía.

Hemos pasado por mucho a lo largo de los años y atesoro cada momento. Tres hijos, dos perros y una bola de pelo de gato que Amber está convencida de que es la reencarnación de Munchies. Yo no hago preguntas.

Mi empresa desapareció hace tiempo. La vendí hace quince años, poco después de que naciera nuestro tercer hijo. Construí un imperio, pero me consumía por completo. No tenía tiempo para las nuevas prioridades que tenía, así que lo cambié todo por hogueras, tortitas los sábados por la mañana, partidos de fútbol y excursiones otoñales por bosques dorados.

Pero sobre todo, por ella.

Lo daría todo por ella.

La gente me decía que me arrepentiría. Que me aburriría. Que echaría de menos la emoción de dirigir una empresa.

Pero no conocen a Amber. No como yo.

Ella es la única emoción que necesito.

Estoy tan agradecido por esta mujer. Me ha dado alegría, paz, risas y un hogar lleno de amor, de botas embarradas, de ruido y de calidez. Me habría matado a trabajar hasta sufrir un infarto, solo, en la planta 47 del Eastmont Center, si ella no hubiera irrumpido en mi vida causando el caos con un vestido veraniego de girasoles.

Ella me salvó.

Y nunca lo he olvidado.

Oigo el crujido de la puerta mosquitera y me giro para verla salir, descalza sobre el porche, con un trapo de cocina echado al hombro. Ahora tiene el pelo un poco más largo, con vetas doradas por el sol, y sigue siendo la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

—Las luces han quedado perfectas —dice, iluminándose con una sonrisa.

Recorro todo su cuerpo con ojos hambrientos. —Tú estás perfecta.

Se acerca y se queda a mi lado, acurrucándose bajo mi brazo como ha hecho mil veces en mil tardes como esta. Le beso la

coronilla y la aspiro profundamente mientras ella contempla el lago.

—Deberían estar aquí en cualquier momento —dice—. Willow me ha mandado un mensaje. Va a traer esa ensalada de judías tan rara otra vez.

Suelto una risita. —¿Greg sigue fingiendo que le gusta?

—Oh, ahora está totalmente comprometido con la mentira. Ya no hay vuelta atrás.

Echo un último vistazo a nuestro jardín y sonrío. Está listo para un gran y divertido fin de semana familiar. Nuestros hijos se quedan hasta el domingo por la noche, al igual que Willow, Greg y sus dos hijos. Va a ser una pasada.

Las neveras portátiles gigantes están llenas de hielo y bebidas, el lago está templado, las camas preparadas y la barbacoa llena de propano. Lo único que nos falta es la gente.

Aunque, ahora que tengo mis manos sobre mi sexy esposa, me dan ganas de cancelarlo todo y quedármela para mí solo.

La giro entre mis brazos y miro hacia abajo, a su boquita perfecta.

—*Mmmmmm* —gimo mientras la beso.

Debo de ser el hombre más afortunado del mundo.

—¿Crees que tenemos tiempo para un rapidito? —pregunta ella, apretando su cadera contra mi erección.

—¿Aquí o arriba?

—Arrib—

La puerta principal se abre y Katrina, nuestra hija mayor, grita: —¡Hola!

Bajo la cabeza con un gruñido de frustración mientras nuestros dos nietos irrumpen en el porche. —¡Abuelo! ¡Abuela!

Es difícil seguir frustrado cuando estás rodeado de tanto amor. Nos separamos y los recibimos a todos, repartiendo abrazos y besos y cogiendo maletas. En cuanto estamos dentro, aparecen Willow y Greg con sus hijos y su golden retriever, que inmediatamente se tira de panza al lago. Nuestro hijo mediano, Aaron, aparece a continuación con su nueva novia del brazo.

La fiesta de todo el fin de semana ya está en pleno apogeo, pero yo sigo sin quitarle el ojo de encima a mi chica.

Amber y yo nos escaparemos y tendremos ese rapidito antes de que acabe la noche. Siempre lo hacemos.

Se lo hago saber cuando nuestras miradas se cruzan en medio del circo.

Le lanzo esa mirada.

Esas mejillas adorables se sonrojan y ella levanta las cejas, indicándome que el mensaje ha sido recibido.

Willow le roba la atención, enseñándole la ensalada de judías que ha hecho, pero yo no aparto los ojos de ella.

Adoro a mi Amber.

Ella me dio todo esto.

Convirtió mi vida en algo *real*.

Algo que merece la pena vivir.

Y pasaré cada momento de lo que me queda de vida amándola por ello.

El fin.

Descubre los libros de Olivia T. Turner
https://www.oliviatturner.com/espanol.html

***

Ve directamente a Amazon.es.
https://www.amazon.es/stores/Olivia-T.-Turner/author/B06XYXNTHJ



Toma de control
Olivia T. Turner

Obtén el libro aquí

Kyra

Mi tía y yo empezamos esta empresa de belleza en su cocina.
Ahora, es una empresa internacional que factura millones.
La adoro. Es toda mi vida.
Y un ricachón arrogante aparece, creyendo que puede comprarla.
Brandon Raven.
Representa todo lo que odio.
El establishment corporativo. Niños de papá. Corporaciones avaras que compran pequeñas empresas éticas y las exprimen hasta

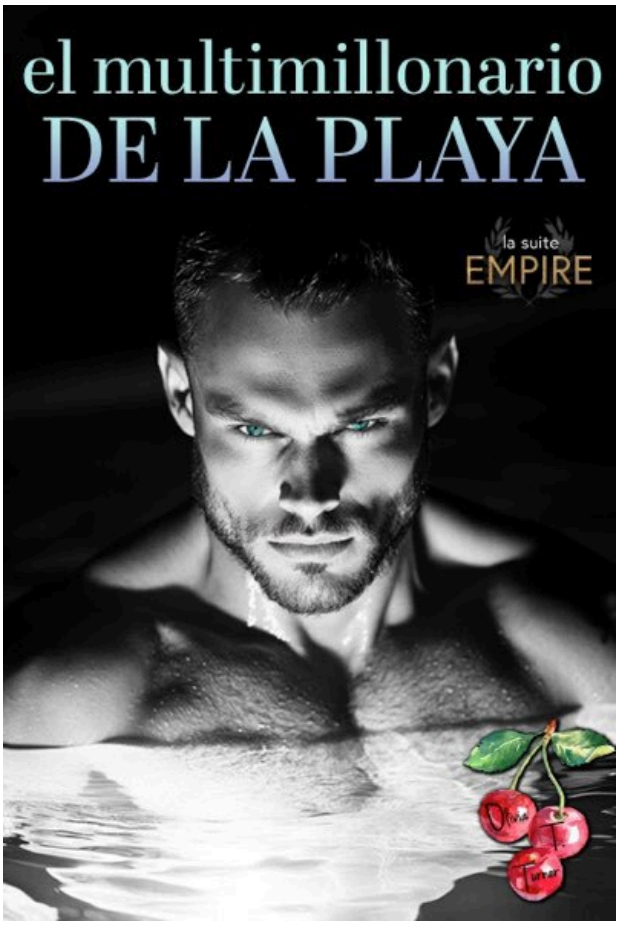
dejarlas secas.
Esperaba que mi tía presentara un frente unido contra él y todo lo que representa.
Pero mi tía quiere dejarlo. Quiere jubilarse. Quiere vender nuestro bebé al mejor postor.
Y ella es la accionista mayoritaria, así que estoy un poco jodida en este asunto.
Pero tengo algunos trucos bajo la manga.
No voy a ceder tan fácilmente.
Puede intentar su pequeña adquisición hostil.
Y veremos quién gana...

Brandon

Entré en la oficina corporativa de She's The Sun esperando comprar una empresa de cosméticos, pero vi algo mejor que debo tener.
La excéntrica, adorable y luchadora directora general.
Kyra Black.
La quiero. La necesito.
Pero parece que me odia con cada fibra de su ser.
Bueno, ahora soy el jefe y ella tendrá que hacer lo que yo diga.
Lo que. Yo. Diga.

Con solo una mirada a Kyra, este ardiente alfa rico en traje hará cualquier cosa para conseguirla. Las reuniones de oficina nunca han sido más divertidas (o inapropiadas) con el señor Raven al mando. Amor instantáneo en su máxima expresión sin infidelidades y con un final feliz supertierno garantizado. ¡Disfrútalo!

Obtén el libro aquí



El Multimillonario de la Playa
La Suite Empire
Libro 1
Olivia T. Turner

Obtén el libro aquí

Cualquiera diría que la boda de mi prima en el Caribe sería el paraíso.
Pero es que no conoces a mi familia.
Ruidosos, borrachos y lo bastante ordinarios como para mantenerme en un estado permanente de vergüenza ajena.
Va a ser una semana infernal.
Un ascenso inesperado a primera clase parece mi única escapatoria.
Pero es imposible escapar del hombre sentado a mi lado.

Adrian Drake.
Cuarenta y dos años.
Alto, corpulento y con un atractivo capaz de curarle a cualquiera el miedo a volar.
Irradia dinero, confianza y control.
Y quedo cautivada al instante.
Me invita a dejar tirada a mi familia y a pasar la semana con él en El Aurelia, el hotel más lujoso de Isla Verdanza.
Debería decir que no.
Pero con solo mirarlo sé que seguiría a este hombre a cualquier parte.
Se suponía que esta iba a ser la semana de la boda de mi prima.
Ahora parece mi luna de miel.
Quizá el paraíso no sea un lugar, después de todo…
Quizá esté sentado a mi lado a treinta mil pies, con una sonrisa arrebatadora y llamándome suya.

Maya quería el paraíso y lo consiguió con un multimillonario buenorro en la playa. Pero Adrian Drake es el tipo de paraíso del que no se vuelve. Este hombre maduro, atractivo y de lengua sucia no es unas vacaciones. Es para siempre.

Una irresistible novela romántica de verano con diferencia de edad, ambientada en el lujoso hotel Aurelia, donde los multimillonarios consiguen todo lo que desean.

Sin infidelidades y con un final feliz.

Obtén el libro aquí
